EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 3. Tomo I.—VIERNES 1.° DE DICIEMBRE 1843.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICIÓN EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28 —Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Juicios críticos sobre nuestros poetas mas célebres de fines del siglo XVIII. Melendez Valdés, por D. Antonio Alcalá Galiano.—**Una semana en Madrid: miércoles**, por D. Antonio Flores.—**Historia literaria**, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—**La Boticaria de Osuna, cuento**, por D. A. Auset.—**Los baños del Molar**, por D. Tomás Rodriguez Rubí.—**Caiu y Abel [novela] continuacion**, por D. Isidoro Gil.—**Bosquejo histórico, minoria de Isabel II**, por D. A. Ferrer del Rio.—**Revista de la Quincena**, por D. Enrique Gil.—**Boletin bibliográfico.**

JUICIOS CRÍTICOS

sobre nuestros poetas mas célebres de fines del siglo décimo octavo.

MELENDEZ VALDÉS.

Pocos poetas españoles han igualado y poquísimos han excedido en fama á don Juan Melendez Valdés, padre ó príncipe de la poesía castellana restaurada á fines del siglo XVIII. Bien que su nombre mas celebridad y crédito ha tenido entre los propios que entre los extraños, habiendo florecido cabalmente cuando, decaida nuestra patria en poder y gloria, nuestra literatura apenas era conocida fuera de los ámbitos de España. Y aun en su misma tierra fué remontándose con lento vuelo Melendez al superior concepto de que por algun tiempo disfrutó cuando sus discípulos consiguieron predominar en el campo de la poesía y en el de la crítica juntamente. Al cabo llegó á ser estimado en mas que su valor verdadero, si bien su valor no era corto. Así fué que al haberse arrojado algun crítico en dias de nosotros no muy distantes á dar un fallo sobre el mérito de sus obras, en el cual no las ensalzaba á bulto y con exceso, ni tampoco las deprimia, intentando con seguir un término medio quilatarlas y tasarlas, y poniéndolas entre las primeras de valor mediano y no mas, causó escándalo y hasta indignacion tanto atrevimiento.

Al cabo, rota la valla, se entró en el campo de la disputa, al cual por desgracia se echaron los contendientes llevando unos de ellos opuesta á la bandera de Melendez la de Moratin, el hijo, en quien, como lírico, únicamente es de aplaudir lo correcto del estilo y diccion; no siendo por esto de extrañar lo que acaeció, y fué quedar por los Melendiztas la victoria.

Los escritores del dia presente suelen ignorar lo que pasaba cuando vivian sus padres, aunque algo y tal vez mucho sepan de los sucesos de épocas muy anteriores. Raros son quienes hoy leen las poesías de Melendez: mas escaso es todavía el número de los que saben de la crítica literaria segun era en España en los últimos años del siglo próximo pasado ó en los primeros de este décimo nono. Por eso vendrá bien aquí decir unas pocas palabras sobre los juicios críticos hechos entonces del mérito de Melendez. Este en sus primeras contiendas literarias tuvo por rival entre otros á don Tomás de Iriarte. Le venció como es de suponer, y no supone mucho en honra del vencedor su victoria, siendo Iriarte uno de los escritores, aunque mas correctos, mas frios de cuantos en diversas edades y tierras han ejercitado su ingenio y manejado la pluma; y hasta en su prosa por extremo desmayado. Pero el vencido era hombre de no pocas letras, y escribió para probar que el triunfo le habia sido arrebatado con injusticia, lo cual no consiguió; pero sí demostró que en las obras de Melendez, habia faltas de exactitud en el lenguage é ideas, y juntamente con afectacion de arcaismo graves pecados contra la pureza de la diccion castellana.

No obstante haber sido las dos primeras victorias importantes alcanzadas por Melendez, el premio dado por la Real Academia Española á su Egloga intitulada *Batilo*, y los aplausos tributados á su oda á las artes, leida en la Real Academia de San Fernando, todavía al salir á luz sus obras, los versos suyos que mas se captaron la aprobacion universal fueron los cortos. Por sus anacreónticas le alabó el abate Andrés, cuya obra gozaba de grande aceptacion en aquel tiempo: por las mismas y por sus letrillas y romances le alababa el vulgo de lectores. Por sus versos cortos asimismo le celebró, si bien con frialdad y restricciones y mala voluntad evidente el mal traductor del *curso* de literatura de Batteux en los malos apéndices cosidos á su version, pero es de notar que el tal traductor, pobre crítico por cierto, andaba entonces entre los desafectos á Melendez, aborreciendo en él mas que á su persona á las de ciertos prohombres de su escuela, señaladamente á Cienfuegos y Quintana.

Al revés el traductor de Blair, apandillado con estos; como traductor, si bien no tan malo cuanto era el de Batteux, malísimo tambien, pero superiorísimo á él como crítico, aunque de la escuela clásico-francesa de su tiempo, prefirió en las poesías de Melendez los versos largos á los cortos, y á todas las odas, la aqui citada hecha en honra y loor de las nobles artes, y asimismo otra donde es celebrado el poeta Cadahalso con el nombre de Dalmiro. Y de las anacreónticas del poeta de quien hablamos, dice en otra ocasion el mismo crítico, no sin acierto, que mas tienen de pastoriles que del género de poesía, cuyo nombre llevan, si en vez de llamar anacreóntica á toda obrilla compuesta en el metro usado por el poeta griego (1) ó por sus traductores al castellano, se dá la calificacion de tal á composiciones conformes en su alma y tono á los cantos de Anacreonte mismo.

Cuando hablamos de juicios hechos del mérito poético de Melendez, bien estará añadir, aunque haciéndolo se incurra en el pecado de digresion, que *Sismondi* si elogia á este poeta le califica poniéndole junto con Garcia de la Huerta y otros de mérito mediano. Algo mejor le trata Bouterweck, pero tampoco le dá altos elogios, siendo natural que así hiciese quien, como casi todos los alemanes sus paisanos, de nuestras poesías solo conocen ó solo celebran las antiguas, y de ellas lo que va mas desviado de las estrechas reglas del clasicísmo francés ó moderno.

Pero los apasionados á Melendez por algun tiempo anduvieron como locos, dando rienda suelta á su pasion en términos de poner á su poeta adorado sobre todos cuantos en cualquier tiempo compusieron ó han compuesto versos en la lengua castellana. Quien afirmaba ser él mas pulido, limado y correcto en la versificacion que nuestros buenos poetas del siglo XVI ó del siguiente. Quien declaraba sus romances superiores á los de Góngora y

(1) Sabido es que casi todos los versos de Anacreonte son heptasílabos. Así han acertado los traductores españoles en acercarse en sus versiones á la medida del original. Asi el

Thelo de kadmon adein

se expresa bien en

Quiero cantar de Cadmo

ó el

Phusis kerata Taurois:
Natura al toro cuernos.

Véase la traduccion de don José del Castillo y Ayensa, en nuestro sentir superior á todas, donde sin embargo han versos de mas y menos de siete sílabas.

Lope, y de otros contemporáneos ó predecesores iguales á aquellos en mérito sino en nombradía. Quien le calificaba de poeta descriptivo en su género igual á los primeros del mundo todo. Y mezclando y confundiendo especies, se alababa en el restaurador de nuestra poesía ó fundador de una escuela nueva en ella el valor relativo revuelto con el absoluto, atendiendo á lo que se componia cuando él empezó á versificar, y sacando á plaza dislates de su mocedad primera para contraponerlos á sus aciertos posteriores y dar así á estos últimos mayor realce.

Lo que antecede se ha dicho de Melendez. Ahora entra que el escritor de estos renglones dé sobre el mismo punto su parecer, sin pretender disculparse de la tacha de atrevido, ni dar á su juicio un precio superior al que le corresponde.

Melendez no es de aquellos ingenios de primer órden cuyo entendimiento y estro poético analizados dan por producto el descubrimiento de cierto carácter peculiar y distinto, como sucede, no solo á un Homero, á un Dante, á un Cervantes, á un Shakespeare; no solo á ingenios inferiores á estos, aunque altos; y mas imitadores, como un Virgilio, un Tasso, un Milton, un Racine, sino hasta á autores de obras mas ligeras, como un Fr. Luis de Leon ó un Garcilaso. El poeta moderno español cuyo mérito intenta este artículo calificar, es en sus ideas comun, aunque no de mal gusto; mero imitador, aunque acertado y de brios; en suma, versificador de pensamientos, aunque no extravagantes, ordinarios. Sensibilidad tiene sin duda, pero no profunda, y en gran parte nacida de la lectura, y como tal algo pueril, algo violenta, y con trazas de algo afectada. Sus campos huelen á la ciudad; y bien se vé ser sus pastores todos al modo de un D. Gaspar de Jovellanos, disfrazado por el poeta, no obstante sus rizos y su toga, con el traje y nombre de mayoral Jovino (1). Aun cuando haya algo campestre en él, aunque se haya dicho con razon de una égloga suya que olia á tomillo, el tomillo parecia (si se nos permite esta expresion) como puesto ya en búcaro y cogido por mano agena. Batilo, la mejor de sus églogas, es una repeticion en versos lindos, fáciles por demas, fluidos, sonoros, de pensamientos comunes todos y algunos de ellos falsos, sacados de las poesías bucólicas de todas las naciones y edades. Comparada esta composicion con el diálogo en versos duros y flojos hecho por Iriarte en competencia y con igual título, parece un prodigio; porque en aquella, si no hay poesía de invencion, la hay de estilo, y esa buena; y en estotro no hay poesía de clase alguna. Pero aunque la buena poesía de invencion mal expresada valga poco, no vale mucho la feliz expresion de lugares comunes.

Las anacreónticas de Melendez tienen bastantes perfecciones y primores. Sus cadencias deleitan: su facilidad asombra y satisface. Son en verdad, ó repeticiones de pensamientos contenidos, ya en las odas de Horacio, ya en las églogas de varios poetas, ó ideas del autor comunes y vagas. Y por cierto, refiriéndonos al juicio inserto en la traduccion de Blair, aquí ya antes citado, diremos que nada dista mas de lo anacreóntico que lo pastoril. Si bien se mira lo que era Anacreonte, se ve haber sido por excelencia el poeta de la vida de las ciudades, de los convites, del regalo, de los amores sensuales y varios; de cuanto se aleja de la sencilla vida y puras costumbres campestres, y corresponde á un estado de sociedad adelantado, lujoso, muelle, corrompido. Si no recomienda el exceso, recomienda la gula y el vicio; y se deduce de su doctrina que hasta la templanza es un modo mas exquisito de aprovechar el deleite. A gozar, ó á lo menos á sentir, y á cantar la hermosura de la naturaleza en los campos, y las sencillas y rústicas pasiones de quienes allí moran (en la primera de las cuales cosas si algo se regala el cuerpo, se recrea y deleita harto mas el alma) no era muy aficionado el poeta de Teos, si por sus obras ha de juzgarse. Como cantor de la sensualidad, disfrutada en el lujo de los palacios, Horacio es de todos los poetas el que mas se le asemeja. Melendez, si alguna vez copia ó remeda los acentos de estos, mezcla con las imitaciones otras pastoriles. Era, en verdad, el poeta español moderno bucólico por excelencia, siéndolo por aficion, y por aficion á las églogas mas que á los mismos campos; pero era bucólico al gusto de su tiempo. Así son todos los hombres; todos hasta los superiores; pero estos, si por un lado obedecen á su siglo, por otro le dominan, se le adelantan, llegan á guiarle; y nuestro poeta, de fines del siglo décimooctavo y principios del décimonono, aunque fuese para mucho no era para tanto. Florecia cuando cantaban y eran admirados Metastasio, Delille y Gesner, poetas desiguales en mérito, siendo el del primeramente citado muy superior al del segundo, y el de este al del tercero; pero poetas entre los cuales hay alguna semejanza. Del primero tradujo algo, y en verdad con poco acierto: al tercero imitó mas de una vez, igualándole ó excediéndole: del segundo nada tomó en particular; pero en general se le acercó mucho, en el gusto, describiendo como él en demasía, y mas que él vagamente.

En los romances, Melendez es muy aventajado. Sus versos en ellos parece como que nacen con facilidad, y sin duda corren con fluidez, y como dulces y sonoros deleitan sobremanera el oido. Sus imágenes son lindas, aunque comunes. Sus símiles son copiosos, aunque no siempre propios. En nérvio de expresion y en el arte de describir sin muchos epítetos, con claridad, de tal modo que un pintor pueda sacar un cuadro con seguir al poeta, así como tambien en expresar los afectos sin palabrería, se queda atrás de los grandes poetas castellanos antiguos, que

en este género hicieron tantas y tan preciosas composiciones. Sin duda es graciosa pintura la que sale del

Celebrarán nuestra gloria
Las avecillas cantando,
Murmurando el arroyuelo
Y balando los ganados.

Pero en nuestro sentir son pinturas de valor artístico harto mas subido las conocidas de

Amarrado al duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragad
En la playa de Marbella,
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.

Y

Batiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas
Porque corra y no se pare,
En una yegua tordilla,
Que tras de sí deja al aire,
Por la plaza de Molina
Entra diciendo el alcaide
Al arma capitanes, &c.

En las odas en verso largo Melendez peca por palabrero. En ellas diserta á veces y no mal, imita con frecuencia y muy bien, se muestra feliz en la expresion y pobre y mas que pobre poco poeta en los pensamientos. Sin duda en su oda á las artes hay calor á veces, descripciones hechas con exactitud y valentía, y cierto sentir vivamente el efecto de la belleza de algunas obras del arte, sentir que se descubre, con mucha honra del autor, en la expresion, pues lo bien sentido rara vez deja de salir bien expresado. No así la oda á Dalmiro, elogiada por el comunmente descontentadizo crítico en la traduccion de Blair, el cual en el caso de que hablamos, peca y gravemente por el lado de la benignidad. Porque, cierto, al decir el poeta

Mas ¿qué furor sagrado dentro el pecho
Se entró sin ser sentido
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
Ya el orbe entero me parece estrecho,
Y mi voz mas robusta
Al número del verso no se ajusta.

Y al compararse con el sacerdote del Dios de Delo, y contarnos que tiembla y siente furor, se vé que Melendez finge, y finge mal, y buscando la sublimidad tropieza con la ridiculez, porque semejante furia, sobre no ser verdadera, no vendria á cuento, ni lleva al autor á salirse del verso pues sigue arreglándolos en estrofas regulares, y ademas porque para celebrar al estimable Cadahalso no podia un hombre de seso hacer tales extremos y locuras.

No hablemos juzgando á Melendez de la caida de Luzbel, donde tan buen versificador no acertó siquiera á redondear las octavas. (1) No digamos cosa alguna de las bodas de Camacho, de la cual obra criticándola remedó tan bien Iriarte el estilo en su soneto que empieza

¡Ay bodas de Camacho! ay sin ventura,
Y mísera, y mezquina, y malhadada
Fábula pastoril! Ay me cuitada
Llena de languidez y de tristura!

Y de la que con no menos verdad afirmó, aludiendo á haber sido premiada entre otras en competencia por juicio de sugetos imparciales segun ofreció la Gaceta al proponer el certamen y ofrecer el premio.

Patio, aposentos, gradas y luneta
Esos sí que son jueces imparciales
Y no los que ofrecia la Gaceta.

Pero no insistimos en las faltas de estas composiciones en las que no estriba la forma del autor y faltas por otra parte confesadas por los lectores y críticos todos.

Nuestro intento, como va dicho, no es tratar á Melendez como á enemigo cebándonos en su fama. Hemos, sí, querido dar á notar sus lunares al lado de sus perfecciones, procurando á un tiempo bajarle del alto lugar donde en nuestro concepto no merece estar colocado y ponerle en otro, donde, visto por diferentes aspectos, todavía sea apreciado por su mérito no escaso asi absoluto como relativo.

Este ultimo es grande. Cuando empezó Melendez á componer era en lo general pésimo el gusto reinante en nuestra literatura, al cual pagó el mismo tributo en unas coplas hechas en su mocedad á un religioso que habia lucido en unas conclusiones. Basta citar el primer verso de las tales coplas el cual era

Reverendísimo asombro

para venir en conocimiento de lo que valian la

(1) Bien es cierto que cometieron el mismo pecado buenos poetas antiguos, así de España como de otras naciones. El severo Duque de Alba es el pastor Albano en varias poesías castellanas antiguas. Pero esto nunca fué de buen gusto poético; y en el tiempo de Melendez era peor, porque sobre lo malo suyo propio traia el inconveniente de lo gastado.

(1) Decia un buen crítico de las octavas de la caida de Luzbel que tenian esquinas ó picos en vez de ser redondas. En efecto, á las tales octavas falta el no se qué, el son particular que cada forma de versificacion tiene.

composicion y el autor. Bien es verdad que con Melendez mozo coexistieron versificadores y aun poetas en quienes si no abundaba el mérito poético no faltaba correccion en el gusto. Escribia entonces Iriarte igualmente falto de perfecciones y defectos de bulto. Escribia Fr. Diego Gonzalez en purísima diccion, correcto estilo, y versos por lo comun fáciles y dulces, pero sin invencion ni brios, remedando asombrosamente á Fr. Luis de Leon, pero copiando solo las formas sin empaparse en el espíritu de tan gran modelo. Escribia Garcia de la Huerta remedando á Góngora y á los sectarios de este, pero quedándose corto en la imitacion así de los primores como de las extravagancias. Escribia Moratin el padre con mas dotes de poeta que los demas escritores aquí recien mencionados. Escribia al fin Jovellanos, en sus dos sátiras gran poeta, en sus demas obras en verso frio y hasta flojo.

A todos eclipsó Melendez, porque tenia mas fuego aun para imitar que otro alguno de sus contemporáneos; porque tenia mas valentía, sino mas correccion en el estilo que cualquiera de ellos; porque á los mejores excedia en facilidad y abundancia. Era su gusto el llamado clásico de su tiempo; una imitacion de tercera mano; mezclándose con ciertas ideas filosóficas, á la sazon dominantes, que si por una parte animaban y renovaban, por otra, en grado mucho mayor, viciaban la poesía. Habia en Melendez, para repetir ideas agenas ó inventar las comunes, inteligencia del gusto de su tiempo, y la dósis suficiente de imaginacion y fuego para tomar de otros el espíritu mas que las formas. De estas tomó algunas á la poesía antigua castellana; pero no las tomó como Gonzalez, remedando puntualmente, sino á un modo particular suyo, amalgamando lo copiado con algo nuevo, y asimilándolo á su propio ingenio y fantasía.

Así, no solo sirvió Melendez, cuanto servir cabia, á la causa de la buena poesía en su patria, adquiriendo justo tanto cuanto distinguido concepto entre sus contemporáneos, y siendo reputado el príncipe de ellos, sino que se grangeó un asiento preferente entre los líricos de segundo órden.

Poseía la gran dote de la expresion, alta donde quiera, mas alta que para otras gentes para los españoles, que con su lengua sonora y grandilocua están acostumbrados á estimar tanto cuanto la satisfaccion del entendimiento, el regalo del oido. Por eso Melendez, traducido, parece poco, y leido en castellano todavía gusta, deleita, si bien hasta por lo sobrado dulce empalaga. Con esto y su abundancia de imágenes y de palabras, y su ternura en los afectos, bien puede afirmarse que no obstante carecer de invencion y de valentía, y no obstante tener su sensibilidad mezcla de forzada, y aun de ser sin él mismo conocerlo, falsa algunas veces, si Melendez, hubiese vivido en mejores tiempos; esto es, mucho antes ó algo despues que vivió, habria sido superior á lo que vino á ser, imparcialmente juzgado.

Hoy (lo repetimos) es muy poco leido; pero ¿quién lo es en España ahora, de cuantos no escriben en el dia y para el dia presente? Sin embargo, los principiantes de este nuestro tiempo, ya sean compositores, ya jueces de obras agenas, ya intenten, como hacen muchos y han hecho otros con feliz fortuna, hermanar el talento de poetas con el juicio de críticos, deben leerle y hasta estudiarle. Mas diremos: y es que en algunos puntos es buen modelo, sobre todo para los autores de esta época, en la cual, si se versifica bien, suele haber gran descuido en lo tocante á la belleza y correccion de las formas; y si las de Melendez distan mucho de ser perfectas, de toscas distan mas todavía.

Al levantar la mano de este corto trabajo, escaso en valor, ocurre una idea á quien esto escribe, propenso por demas á escrúpulos y dudas.

Verdad es que tocando con mano osada á los ídolos, y mas aun desnudándolos y examinándolos con prolijidad y notándoles sus imperfecciones, se acaba con la ilusion necesaria para el culto. Por eso habrá quien opine que en los renglones antecedentes el autor, si no adrede por su poca maña, ha hecho cuanto cabe en lo posible, para poner á Melendez en descrédito sumo. Esta opinion, no siendo justa, puede no ser enteramente desacertada. Todos erramos; unos hablando ú obrando siempre como apasionados al elogiar ó vituperar; y otros queriendo ser en demasía imparciales, y logrando en su manía y contra su propia voluntad dejar vacilante la fé agena, é ir ellos perdiendo cada vez mas lo que les queda de la propia.

ANTONIO ALCALA GALIANO.

UNA SEMANA EN MADRID.

ARTICULO TERCERO.

MIÉRCOLES.

Miercoles y jueves
fiestas solemnes.

Habrá muchos que no lo crean, y en ese número entro yo; pero ello tiene todos los visos posibles y algunos mas para no ser mentira, sin que esto sea creer que las cosas inanimadas tengan alma, ni dudar tampoco que les falte ánimo para tenerla; pues asi como á mí me falta intencion de explicarme, á mis lectores les sobrará voluntad de entenderme, y ni es justo que yo lleve la iniciativa en estas cosas, ni hay razon tampoco para hacer letras y letras, y añadir puntos y comas para llenar con ellas y ellos líneas y mas líneas. Vamos pues al grano, sin que esto sea decir (en honor á los lectores que lo tragaron) que lo dicho hasta aquí sea paja. Y han de saber Vds. que estos artículos han sido inspirados (porque yo tengo inspiraciones) por un semanario de hoja de lata azul (pintado de) que está colgado en la pared de mi cuarto. Y digo á Vds. eso, porque tengo que decirles tambien que á mí me parecen una ridiculez los tales semanarios, porque si han de servir para ayudar la memoria, debieran llevarse prendidos al ojal, pues lo primero que se necesita, sabido ya el dia en que se vive, que no es poco, es acordarse de visitar el dichoso semanario. Y como á mi modo de ver casi basta ya de exordio, y á no ser porque los padres jamás deben de maldecir á sus propios hijos, diria que la digresion tenida hasta aquí era demasiado necia, y que aun se la podia tachar de inoportuna; pero cada cual cuenta de la feria segun le vá en ella: número uno, primero yo que ninguno, y si yo voy caliente ríase la gente, que si á partes contentas no hay juez querelloso, al que le duela que se queje, y no se diga que uno es el descalabrado y otro se pone la venda, y á Dios lo suyo &c., que si los fastidiados en este asunto son los lectores, no está bien que yo haga lo del perro de Ateca, que antes que le dén se queja. Y para que no se tenga por broma toda esa música celestial que hemos usado hasta ahora, y se diga que el rio suena sin agua, ó que los mudos hablan sin licencia de Dios, voy á de cir á Vds. lo que pensé decirles en la primera línea, porque si del dicho al hecho hay gran trecho, y el ofrecer no es dar, mas vale tarde que nunca, y á caballo presentado... lo que se sigue.

Decia, señores (y repito, que ni lo creo, ni imagino que Vds. lo crean) que en la targeta de mi semanario, que dice:

habia esta mañana un papelito, que en honor de la verdad, mas parecia documento fe-apuntante de lavandera que otra cosa, concebido en los términos siguientes:

» Señor Don (aquí mi nombre y apellido, y un espacio para los títulos, que tal vez ignoraba el exponente.)

» Nuestro amo y señor:

» Sin que pretendamos averiguar las causas de vuestro enojo para con nosotras, ni tratemos de poneros pleito por las cuchilladas y los tajos que continuamente nos estais dando; ni de acusaros porque á todas horas nos lleveis á esas sociedades negras, embotando nuestros sentidos con el zumo de las agallas; y sin que creais que nos entrometemos en si haceis bien ó mal en pintar las costumbres madrileñas por los dias de la semana, debemos advertiros que estamos en miércoles, que os falta mucho que decir, y que al paso que vamos no llegaremos nunca. Una semana en Madrid ofrecísteis, y la palabra es palabra (ahí está Pero-Grullo que lo diga.) Las cosas que ocurran todos los dias, fuera de puertas, á la córte de España pertenecen; y á no ser el rato que fuimos á los toros, siempre hemos andado por las calles de Madrid, y esto no es regular. Cuidadito con la enmienda, porque de lo contrario le niegan sus favores=LAS PLUMAS DE ACERO Y LAS DE AVE.

» Y por no saber firmar ninguna de ellas, lo hace á ruego » UN PALO DE ESCOBA.»

He dicho, lo primero, que no creo semejante resolucion en mis plumas; porque las tengo tan subordinadas y las trato con tanto mimo, que aun está por cortar la primera, y cuenta seis años de activo servicio; pero el documento existe auténtico en mi poder, y yo no sé qué pensar. A mí me parece, no quisiera engañarme, que las plumas no pueden hablar por sí solas, y á menos que ellas hayan querido no ser menos que *las sillas del Prado*, que hablaron, y muy bien por cierto, gracias á la festiva peñola de Don Ramon Mesonero Romanos, no entiendo yo cómo haya podido ser eso. Pero aquí de Sancho Panza; que si me dan la vaquilla, debo acudir con la soguilla; hágase el milagro, y sea por un santo ó por otro, á mí que se me da; tome yo ahora el consejo de mis queridísimas plumas, que ni en el tomar hay engaño, ni es contra la higiene dar un paseo de vez en cuando.

Iba yo á decir aquí cómo amanecia los miércoles; pero como ya, gracias á la maquinaria de los teatros, hasta los mas perezosos tienen una idea de ese gran milagro de la naturaleza, casi se puede decir, sin

miedo, que ese dia de la semana, viene á hacernos

viejos, del mismo modo que los demas. Y por aquello de que:

Los lunes y los mártes
y los miercóles,
Cantan los pajaritos
en los arbóles,

se sabe que donde hay pájaros que hiendan el aire al despuntar el dia, hay mujeres que cruzen las calles vendiendo aguardiente y buñuelos; serenos que se retiren á dormir; poetas que apaguen la luz para acostarse; gentes, en fin, á quienes el gorjeito de las aves matutinas les deleita, y hombres como yo, que prefieren estar á esas horas, entre sábanas, alabando al Señor que crió el lino, y sosteniendo que la leche de vacas y los bollos es una cosa muy indigesta á las cinco de la mañana, y que salir de casa cuando el sol pide licencia para entrar por la ventana es una falta de respeto imperdonable. Pero como nadie puede decir, de esta agua no beberé, aunque yo creo que en decirlo no hay inconveniente, y bueno es probar de todo, que nadie sabe en lo que se verá algun dia, y una golondrina no hace verano, preciso ha sido que yo dijese un cierto dia (presente lo tendré mientras viva!: *Santa pereza, por tu santa diligencia que me dejes levantar*, y sin escuchar aquella sábia contestacion, *anda, pobre mentecato, vuélvete á acostar*, que si no es vérso es una verdad mas grande que un colchon de pluma matrimonial, (el colchon); tuve la negra ingratitud de abandonar el lecho, y sin volver la vista atrás, porque no confiaba demasiado en mi propósito, dirijí mis pasos al Retiro. ¡Dios me tenga en cuenta el disparate!

Así fué que llegué al Retiro, sin saber leer ni escribir, como dicen las gentes, guiado por otras que delante de mí marchaban; porque en cualquier dia de la semana y á todas horas, vá Clemente donde vá la gente: en esos casos todos los curiosos se llaman Clementes, ni mas ni menos que en el tresillo se dice «hombre» al que juega, ora sea una dueña quintañona la viciosa, que es lo mas natural, ora una niña de quince abriles, que de todo hay en este pícaro mundo. Y decia que el Retiro es una posesion muy linda, y que podia ser mas aun; pero por mas que digan tiene muy poco que ver por las mañanas; y para que no se dejen alucinar los perezosos, debo advertirles, que cuantos pasean por las mañanas lo hacen con su cuenta y razon; porque si la jóven está pálida, y el médico la manda hacer ejercicio, y tiene madre, claro es que ha de salir con ella á pasear las píldoras; y si es lance amoroso, ¡qué mejor que la mañanita temprano, cuando todos duermen, para cruzar esas calles y salir extra-tapias de la capital! Lo mas que podrá suceder, y ese peligro queda á cargo del dibujante, es un efecto de las muchas causas que hay para no salir de casa antes de las diez en verano, ni antes de las doce en invierno.

De todo eso no tiene la culpa el miércoles, porque, para semejantes pedilubios forzados, todos los dias son iguales; y nadie puede evitar que la maritornes de una taberna haga blanco de su estropajo en la levita de un elegante ni en el camaí de una señorita; lo mas que puede hacer el agraviado ó la agraviada (comun de dos) es dar parte al alcalde; y al asno muerto la cebada al rabo; que si cuando vino el perdon estaba el Papa en Roma, cuando se tenga en Madrid policía urbana tal vez no se usen levitas ni se friegue con estropajo. Lo cierto es que mis plumas tienen mucha razon en lo que dicen de mis digresiones, y voy á darlas el gusto de abandonar un momento las calles de la capital, para dar un paseito por la ronda.

Figúrense Vds. que salimos por la puerta de San Vicente; que son las tres de la tarde en invierno, y que alumbra las riberas del Manzanares un hermoso sol castellano. Y digo castellano, porque mientras baña el suelo de Castilla no hay dificultad en darle carta de naturaleza. Dejemos á la derecha el paseo de San Antonio, la Moncloa, la fuente de la Teja, y quédese en tan dilatada pradera el jóven aeronáuta, ensayando un suicidio si se remonta mucho, ó un descrédito si las válvulas dicen pares y el gás dice nones. Tomemos nosotros por la izquierda, y como personas graves que ven indiferentes los columpios de la Vírgen del Puerto y los ojos del puente nuevo llorando piedra sillería á falta de agua, lleguemos al de Segovia, y via tuerta por la izquierda vayamos lamiendo las Vistillas de San Francisco, hasta dar con nuestras personas en el portillo de Gilimon. Hagamos aquí una breve pausa, sacaré yo un cigarro, y pediré lumbre á aquel buen anciano que todos los dias sale por la puerta de Atocha y entra por la del Conde-Duque, fumando tres cigarrillos en tres postes de piedra, que promedian la distancia de su peregrinacion, y hace veinte años sustentan los huesos del consecuente señor, individuo ayer del Consejo de Indias, por la gracia de su honradez, y hoy cesante por las travesuras de los revolucionarios. La ermita de San Isidro queda tambien á la derecha, y costeando las *ajueras de la frabica* de cigarros, se ven salir por el portillo de *Embajaores* algunas cigarreras *mas ternes que Dios, con su cacho de hombre al lao, mas cruo que Maria Santísima*; y yo ni quito ni pongo en lo que queda dicho; al precio que me han vendido esos disparates los vendo á mis lectores; y para que el diablo no se ria de la mentira, ni gano ni pierdo; como los doy me los dieron.

La puerta de Toledo está en seguida, y ¡ay del extraño que acierte á entrar en Madrid por esa parte! Partiendo piñones con los dedos y rompiendo cráneos con las uñas, están las feligresas de la Paloma y los vecinos de Gilimon; sentados y tendidas al benéfico influjo de los abrasadores rayos del Sol de mediodia. Desde que la plazuela de la Cebada dejó de ser bufete del verdugo, se habilitó la puerte de Toledo para la ejecucion de la justicia; y antes y despues de esas mudanzas, siempre se han ajusticiado millares de vivientes en esos parajes. Pasan de dos millones los reos de muerte que un dia con otro, de sol se entiende, sufren allí la última pena. Sin mas declaraciones, ni mas parecer fiscal que el de: asegura... y le llevan preso, ó aquí te cojo y aquí te mato, la comision del uñate ejecutiva y permanente pone la mano en su pecho, y por mas que el reo busque sagrado entre los pliegues de las camisas, no le vale la bula de Meco; que, si allá van leyes do quier reyes, y cada cual se rasca donde le pica, nadie pica impunemente al mendigo que puede dar carta blanca á una vieja, su vecina, para que caze en sus propiedades cuanto insecto dañino se le presente. Cada uno hace de su capa un sayo, y en agena zaranda solo su dueño manda. Mas allá nos brinda la puerta de Atocha, y dejando á retaguardia el canal, con los que van decididos, á que los vean intentar un suicidio que no piensan llevar á cabo, pasemos de largo por el Hospital general, y entremos de rondon en Madrid para dar una vueltecita por el Prado, pues ni á nosotros nos asusta el dejar media ronda para otro dia, ni nos dá miedo el galopar de esos caballos, cuyos ginetes hacen méritos activos para el otro mundo por hacer el oso en este. El paseo del Prado tiene los miércoles, tanto que ver como los jueves: muchos brazos de hueso los veranos, y muchas armaduras sin carne los inviernos; veladas, eso si, por bien formadas almohadillas de algodon, que si huelen á polison y no pasan de ser lo que son, sostienen algo la ilusion, y... viva por lo tanto la ficcion.

Las tertulias suelen ser algo notables en este dia de la semana, y aunque en todos los del año, se dice, siempre que una persona cualquiera, tiene la cándida necedad de sentarse enmedio de otra: *Ese hombre parece un miércoles*, con mas razon se podrá decir que está *enmedio como el miércoles*, ese pobre *extranjo*, como él dice, que hace pocos dias, como ví yo, le llevaron á una tertulia, diciéndole que haría

furor si se presentaba en el traje que veis á continuacion:

Y aquí debería dar fin este artículo, si no me anduviese zumbando por la cabeza cierta coplilla con honores de salmo que revela una festividad anual exclusiva de los miércoles. Así dice:

Miércoles de ceniza
qué triste vienes;
con cuarenta y un dias
que traes de viernes.

Efectivamente; al miércoles le está reservado apagar la desenvoltura de la careta, y poner el paño para las misiones de la cuaresma. Pero ese miércoles no es de mi dominio; téngole odio y mala voluntad: 1.° Porque viene dándosela de místico, y permite que en su austéro reinado se cuele el Domingo de Piñata; y 2.° Porque tiene una borrachera llamada *Entierro de la Sardina*, y nadie sabe lo que significa entre cristianos semejante anacronismo. Muchas veces me he puesto á pensar en el orígen de esa funcion y nunca he sacado nada en limpio. He llegado á creer que el autor de esa ceremonia fué muy sábio y muy buen cristiano; porque dijo: Si les prohibo la carne enterrando un jamon, bastará para que no coman otra cosa; pues entiérroles una sardina y así consigo que coman pescado.

ANTONIO FLORES.

HISTORIA LITERARIA.

De la DIVINA COMMEDIA de Dante Alighieri, y de la influencia que este poema ha ejercido en la literatura española.

ARTÍCULO TERCERO.

Por lo que respecta á la influencia que ha ejercido la *Divina Commedia* en la literatura española, puede asegurarse que ha variado notablemente segun los tiempos y las diferentes tendencias literarias que han reinado en ellos. No mucho despues de su aparicion en Italia ya era célebre y muy estimada en España y principalmente en la corona de Aragon, donde los frutos del ingenio gozaban de singular predileccion, y en breve llegó á dominar de tal manera en nuestra literatura, que hasta muy entrado el siglo XVI apenas se encuentra un poema de alguna consideracion que no lleve en sí patentes huellas de aquella influencia.

Ya en el mismo siglo XIV en que floreció el Dante, eran sus obras leidas y celebradas en España. Infiérese esto claramente de la autoridad del marqués de Santillana, que hablando del poeta valenciano Mosen Febrer que floreció tambien en aquel siglo, dice: «Mosen Febrer fizo obras nobles, é algunos afirman haya traido el Dante de lengua florentina en catalan, non menguando punto en la orden de metrificar é consonar.» Estas palabras no dan completa seguridad de que Febrer tradujese las obras del Dante; pero no dejan duda de que, si pudo traducirlas, ya eran conocidas y apreciadas en nuestra nacion.

En el siglo XV era en ella la *Divina Commedia* objeto de estudio y admiracion, y hay para probarlo, no conjeturas, sino robustos y calificados testimonios. El marqués de Santillana, uno de los varones mas sabios é insignes de su tiempo, y al cual llama Don Nicolás Antonio: «Mecenas de los literatos, excelente cultivador de las letras, y poeta de primer órden,» profesaba al Dante la predileccion mas decidida. En la carta con que dirigió sus obras al Condestable de Portugal, cita versos del canto IV del Infierno y del VII del Purgatorio, manifestando gran respeto y adhesion á su autoridad, y las equivocaciones en que al citar incurre son de tal naturaleza, que dejan ver claramente que lo hace de memoria, lo cual asegura hasta la evidencia cuán familiarizado se hallaba el marqués con la sublime creacion del poeta florentino. Si deseamos otra prueba de esta predileccion del d Santillana en favor del Dante, podemos encontrarla en el nombre de *Comedieta* que dió á su poema sobre la batalla naval de la isla de Ponza, dada en 1435, en la cual habian quedado prisioneros los reyes de Aragon y Navarra, como asimismo el infante Don Enrique. El autor de estas ligeras observaciones ha examinado aquel raro poema en la Biblioteca Real de París; y es curioso ver al marqués de Santillana explicar el motivo que le indujo á poner el mencionado título á su poema, con las mismas razones y casi con las mismas palabras que empleó para justificar el nombre del suyo el poeta italiano.

Este en una carta que sirve como de prólogo á su obra, dice despues de hablar de la tragedia: «La comedia por el contrario comienza con grandes conflictos, pero va á parar á un término feliz, como puede verse en las comedias de Terencio..... Por esta razon se llama *comedia* la presente obra.»

El marqués por su parte dice así en una carta con la cual remite su *Comedieta* á la condesa de Módica: «E tituléla de este nombre por cuanto los poetas fallaron tres maneras de nombres á aquellas cosas de que fablaron, es á saber: tragedia, sátira, comedia... Comedia es dicha aquella cuyos comienzos son trabajosos, i despues el medio i fin de sus dias alegre i gozoso i bien aventurado, i deste usó Terencio Peno, i Dante en el su libro.».....

Aun cuando el marqués de Santillana no citára aquí como por acaso al Dante, cualquiera que compare las razones por ambos alegadas para explicar la eleccion del nombre de sus respectivos poemas, no solo comprenderá fácilmente que tenia en el pensamiento á la *Divina Commedia* al escribir su carta, sino que hasta podrá sospechar sin mucho aventurarse que la tenia delante de los ojos.

Pero la prueba mas señalada de que el padre de la poesía moderna daba impulso y alimento á la imaginacion de los ingenios españoles en el siglo XV es el *Laberinto* de Juan de Mena. Sin negar á este esclarecido poeta la parte de gloria que por diferentes títulos le corresponde, no es posible dejar de reconocer que el pensamiento y la disposicion de su obra están inspirados por el poema del Dante. Aquella exposicion, aquellos círculos celestes, aquella reseña crítica de algunos personajes famosos, recuerdan al punto la original creacion del poeta florentin; siendo por otra parte tan reconocida esta imitacion, que juzgamos ocioso insistir en ella.

Entre los hechos que testifican el gran favor de que gozaba en España la *Divina Commedia* en el siglo XV, no debemos omitir el no escaso número de manuscritos de ella formados en el mismo siglo que aun se conservan en nuestras bibliotecas, entre los cuales merecen particular mencion los que existen en la biblioteca colombiana de Sevilla.

En el reinado de los reyes Católicos escribió en lengua lemosina el catalan Jaime Ferrer de Blanes un libro titulado *Sentencias católicas del divi poeta Dant*, que se imprimió mas adelante en 1545; lo cual prueba que el Dante fué estimado en España no solo como poeta, sino tambien como moralista cristiano.

En la primera mitad del siglo XVI todavía duraba arraigada en el gusto de los españoles la aficion á las producciones del Dante. En 1515 se publicó en Burgos la *Divina Commedia* traducida y comentada por Don Pedro Fernandez de Villegas con este título: *La traduccion del Dante de lengua toscana en verso castellano, comentado allende de los otros glossadores*. Pero lo que da sin disputa mayor testimonio de que aun se conservaba por aquellos tiempos la aficion de que se trata, es la obra del Cartujano que con el título de *Los doce triunfos de los doce apóstoles*, acabó de componer el año de 1518, y fué impresa en Sevilla en 1521. Es este un poema de 10,278 versos de arte mayor, de penosa lectura por la afectacion de rancio y anticuado estilo que en todo él reina, por la acentuacion desigual y mal combinada que tiene gran parte de los versos, y por cierta uniformidad á par que incoherencia que se advierte en la disposicion del plan y en los cuadros y situaciones pero muy digno sin embargo de atencion bajo muchos aspectos. Esta

obra en el pensamiento fundamental y hasta en la forma del argumento está visiblemente imitada del Dante; si bien rara vez alcanza la inspiracion apasionada, la tierna sensibilidad, el vuelo arrebatado, la elevacion espiritualista del modelo. Una de las mayores bellezas de la *Divina Commedia* consiste en haberse colocado el poeta á sí mismo en un mundo ideal y fantástico. La atencion del lector no puede dejar de empeñarse al ver á un hombre colocado en una esfera sobrenatural, y rodeado de imágenes é impresiones maravillosas. Milton sacó admirable partido de estas situaciones sobrehumanas en su magnífica creacion, y el Cartujano acertó asimismo á comprender cuán poderosas eran para cautivar al lector.

Asi como el Dante, necesita el poeta español un guia en su extraordinaria peregrinacion, y escoge al apóstol San Pablo por convenir asi mejor al ideal místico del poema. Con él recorre los diferentes lugares donde penan los culpados de todas especies, y en esta parte es donde mas claramente se trasluce la imitacion de la *Divina Commedia*. Castigos de los delincuentes, situaciones de ellos emanadas, y hasta frases y pensamientos sueltos hay imitados y aun copiados del Dante. Compárense en prueba de esta asercion los castigos que impone el poeta italiano en el canto XII del *Inferno* á los culpados de violencia ejercida en la persona y bienes del prójimo, con los que impone el Cartujano en el capítulo 8.° del Triunfo V, á los propios delincuentes, y en uno y otro se verán el mismo rio de sangre hirviendo, y los mismos centauros que asaetean á los culpados y tratan de estorbar el paso á los respectivos poetas. Compárese, si se quiere otra prueba, el castigo de los hipócritas en el canto XXIII del *Inferno* con el del capítulo 4.° del Triunfo II. Los mantos con que los cubre el Dante, dorados por fuera,

ma dentro tutte piombo, e gravi tanto.....

han sido trocados no sin buen acuerdo en el poema español por

las máscaras graves de plomo talladas.....

mas es fácil no obstante reconocer que el segundo verso ha sido inspirado por el primero.

En fin el impulso que recibió del Dante la imaginacion del Cartujano al componer *Los doce triunfos*, se echa de ver hasta en cosas dignas de la censura crítica. Muéstrase el autor mas teólogo escolástico de lo que conviniera ya á la época en que florecia, y la amalgama impropia y repugnante de las creencias cristianas con la intervencion de los dioses gentílicos, si puede hasta cierto punto explicarse en el Dante, merece muy poca disculpa en un poeta que escribia dos siglos despues y en la atmósfera religiosa de un claustro (1).

El trato frecuente entre españoles é italianos á que dieron motivo y pábulo los viajes y las guerras, introdujo en nuestra nacion el conocimiento de otros escritores de Italia, si bien no tan profundos ni elevados como el Dante, mas cultos en el lenguaje y mas acomodados al gusto y rumbo que llevaba la literatura española ya mediado el siglo XVI. Tal vez esta circunstancia hizo que la *Divina Commedia* fuese poco leida á fines de aquel siglo y aun en el siguiente, en tanto que los nombres de Pulci, Boyardo, Ariosto, Sanázaro, Guarini, Tasso y otros muchos se hallaban en boca de todos. Insigne prueba de que ya el Dante se iba olvidando es sin duda el que Cervantes, tan versado en la literatura italiana, ni siquiera haga mencion de la *Divina Commedia* en el donoso y singular escrutinio que el cura y el barbero ejecutaron en la librería del Ingenioso Hidalgo.

En el siglo pasado en el cual dominaban el ánimo de los literatos principios de artificiosa convencion, poco conocida y menos estimada, debió ser en nuestro suelo la *Divina Commedia*; y ahora que empiezan á asentarse la libertad y la tolerancia como dogmas literarios, y el sentimiento y la imaginacion como fundamentos de la poesía, de desear es que cunda y se propague entre nosotros el conocimiento de esa obra inmortal que se levanta como un coloso entre la edad media y la civilizacion moderna, entre la ignorancia y la discusion, entre el espiritualismo y la historia; de ese poema, como ha dicho un gran crítico de nuestros dias, «cuyos versos sublimes y naturales no podrán jamás olvidarse mientras exista la lengua italiana, y haya en el mundo aficion á la poesía.»

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

(1) Ya en el siglo VI San Gregorio Magno habia escrito á un obispo estas notables palabras: «El nombre de Júpiter no debe estar en unos labios acostumbrados á pronunciar el de Jesucristo.»

LA BOTICARIA DE OSUNA.

CUENTO.

Sin que jamás se entienda que yo entiendo
que preferencia hubiere en los oficios,
ni acaso que pretendo
de tantos ejercicios
calificar á gusto el que me cuadre;
y sentando por base que son guapos
todos los que el puchero proporcionan,
y que hasta el que rebusca los harapos
es oficio eminente,
si los trapos abonan
lo que bastare á devorar el diente;
con mecánica musa
y á cuanto mas pudiere estrafalária
voy á cantar un canto,
ó cuento si se quiere, que dá tanto,
de la mas peregrina Boticaria.

—

Y llamando yo oficio
el de envolver y revolver las drogas,
no saco de su quicio
la ilustre y antiquísima farmacia
que no pasa de ser un ejercicio,
aunque á nadie tal vez le caiga en gracia
(boticario) que yo le iguale ahora
con algun zapatero,
ó albañil, ó ebanista, ó carpintero;
pero en fin, no es del caso
sacar al boticario aquí á sumaria,
si el que voy yo á contar, triste fracaso,
solo atañe á una insigne boticaria.

—

Brava moza á mi fé: era alta, erguida,
con ancho busto y con mejor talante,
bizarra y arrogante,
con algo de heroina y amazona;
un poco de caderas escurrida,
y su hermoso cabello, hermoso fuera
si por buena ventura lo tuviera,
que yo la conocí siempre pelona.
Mas quizá este defecto
le prestaba pujanza y rejo y brio;
por lo demás no importa;
era rubio el cabello
y en ondas le bajara por el cuello
en donde por desgracia le remata;
la nariz, algo chata,
de su frente al nivel está pareja,
y asi como una larga cuchillada
de una oreja á otra oreja perfilada
la boca encantadora
que perlas, y no dientes, atesora.

—

Era en fin muger tal doña Joaquina
siempre lista, hacendosa,
que lo mismo atendia á la cocina
y asi mismo aviaba unas chuletas
que acudia presurosa
á la botica á despachar recetas.
Las largas filas de variados botes
ligera removia,
y aunque ni pizca de latin sabia,
de tantos meringotes
el uso y la virtud reconocia;
aunque en verdad algunos,
escondidos, tapados y apartados,
guardasen los arcanos de la ciencia
al boticario solo reservados,
siempre doña Joaquina impertinencia
creyó y curiosidad preguntar de ellos;
dejólos escondidos
y en su lugar ponia
mantequilla y el agua destilada
de que gran provision siempre tenía,
y á todas las recetas se adaptaba;
y á mas como decía
que tambien la cocina era su fuerte,
si acaso un ingrediente la faltaba
en la botica, por su mala suerte,
en la cocina al punto le encontraba
y zás, en la receta le encajaba.

—

Guapo era don Simon el boticario;

mas viejo y achacoso
repasaba contínuo su rosario,
preparando tranquilo su conciencia
y dando sin reposo
científicos consejos á la esposa,
porque era un pozo de admirable ciencia.
Mas ya en el lecho del dolor sumido
no hay ciencia para nadie,
y el hombre criminal arrepentido
se muestra ó temeroso,
porque es la muerte tan terrible trance
y tan cruda y atroz es la agonía
que cuando el alma está pronta á salirse
es vana la porfia,
y no habrá mas remedio que morirse.

—

Por esta razon, pues, (razon bastante
para que don Simon abandonase,
no digo de las drogas el estante,
sino el bolsillo oculto en que tuviera
guardados sus doblones,
que en caso de soltar lo último fuera,
porque, en fin, no hay remedio
hay que dejar atrás ¡prenda querida!
al dejarse la vida
la bolsa entre mil sustos conservada

||de escojidas monedas rellenada)

por esta razon pues, el boticario,
hizo renuncia en su adorada esposa
del mando y del gobierno;
y ningun disparate hizo en tal cosa,
por que Doña Joaquina
era astuta, y sagáz, y muy ladina.

—

Habia de aprendiz en la botica
un gallardo mancebo
(y ya en historia el cuento creo que pica)
que era torpe á la vez, y era asturiano,
pero mozo fornido, alto y derecho
varon de pelo en pecho,
con la cara de cuarto segoviano
y mas rudo y agrestre que un barbecho;
un poco testarudo
era ademas el susodicho mozo;
contaba veinte abriles placentero,
y al belfo apenas le apuntaba el bozo,
llamando á grandes gritos al barbero.

—

Juan se llamaba, y con grosero modo
por el zurdo tan solo era nombrado,
sirviéndole el apodo
de un segundo apellido confirmado
y es rara esta costumbre;
pero el tiempo á su vez la ha sancionado,
y aquel que fuere calvo, manco ó tuerto
por el defecto personal de cierto
conocido ha de ser, y es tontería
si en vez de zurdo, manco ó tuerto fuera
llamarse asi se oiria
ò Juan el Calvo ò Don Jacinto el Manco
como su propio nombre á cualesquiera,
y queda convenido
que es tener un defecto otro apellido.

—

Indócil y tenáz, fiero y protervo
era el zàfio asturiano,
de rudas mientes, comprensiva tosca,
conservando no mas de ciudadano
que el duro empaque de su cara fosca
y el torvo ceño con rudeza insano.
Era por lo demas bien concluido,
ligero en formas, de robusto nervio,
y Apolo parecia de amor rendido
ò Hércules bravo en ademan soberbio;

y de cualquier manera
fué de la Boticaria el bello encanto;
pero él con ella cada vez mas fiera
cuanto ella le mostraba placentera
en triste afan su enamorado llanto.

—

¡Pobre doña Joaquina!
¡infeliz Boticaria enamorada!
¡ay triste golondrina
del bello golondrino desamada,
y cuantos mas desdenes
mas de su golondrino enamorada!
En vano siempre fina
á sus gustos gustosa te previenes;
en vano lo regalas
siempre con nuevas y flamantes galas;
en vano lo acaricias
con dulces guiños de tus dulces ojos:
tan amantes primicias
trocadas has de ver por mil enojos,
porque es la ingratitud de los mortales
el mas comun de sus mayores males.

—

Apenas el vellon burdo salia
de entre los mazos del batan, tundido,
en desiguales piezas separado,
para Juan se medía
el ancho pantalon largo y cumplido
y el chaqueton holgado,
traje talar que sin cesar vestía
y que le estaba á fé que ni pintado.
Y aunque sucio en verdad de aceite ó grasa
un gorrito que en tiempos mas felices
bordó esmerada en casa
á su consorte fiel doña Joaquina,
era despojos ya de Juan el Zurdo
que siempre y siempre fina
no le escaseó para endulzar sus tratos
ni gorros de tisú, ni paño burdo,
ni suela sobre suela en los zapatos.

—

Todo fué en vano: en la tenaz porfía
mientras doña Joaquina
mas dulces sus caricias aumentaba,
mas y mas cada dia
del cariño de Juan se extraviaba,
y mientras este mas la aborrecia
ella con doble empeño lo adoraba.
Tal es la condicion que miserable
adorna nuestro sér, ingratos siempre
jamas al bien el corazon mudable!...
Amor, amor se llama
esa fatal pasion que el pecho inflama,
tan mal correspondida
como ardiente, halagüeña, y bien sentida.

—

Mas al fin ¿qué no alcanza
la constancia y la fé, si en peña dura
se abrirá con un palo una hendidura;
y con constancia al cabo
hasta el diamante lo taladra un clavo?
Tenia Juan estrechísima conciencia
y era leal á don Simon su amo:
mas tuvo tal paciencia
doña Joaquina al fin, que á su reclamo
tornóse mas civil y menos fiero,
y luego mas humano, y mas doméstico,
y atento al fin tornóse;
y si bien no halagüeño todavía,
de escuchar y escuchar tanta porfía
á la tenaz contienda acostumbróse.

—

Pasaban las semanas entretanto
¿y qué digo semanas? hasta meses
pasaron y pasaron,
sufriendo don Simon tantos reveses
que sus males añejos se agravaron,
encontrando su vida ya menguada
paso á paso al sepulcro caminando,
tranquilo en pos de tan feliz morada;
Mas el resto vital fué prolongando
su postrera agonia,
y era tan lento el postrimer suspiro
que pasó un dia y otro y otro dia,
siguiendo el mismo giro,
y cataplasmas van, y emplastos vienen
y tónicos y ungüento y pectorales
que su lánguida vida le sostienen,
mas que no bastan á curar sus males.

—

Y machacaba Juan, y machacaba
pulverizando la astillada quina,
y á su lado tenaz doña Joaquina
sobre su pleito machacando estaba.
Y tanto daba y daba
y un porvenir tan bello describia,
tan bien poniendo á la codicia cebo
del bárbaro mancebo
que en ello se embebia,
que hasta el compás de machacar perdiendo
cogióse un dedo descuidado un dia,
y tan terrible alli dolor sintiendo
cayéndose de espaldas,
se hubiera tambien roto la mollera
merced á que ligera
doña Joaquina le acogió en sus faldas.

—

No abrigára la madre cariñosa
tanto contra su pecho al hijo amado
dulcemente gozosa,
si en tristísimo llanto desolado
tras largo espacio le halla,
como á Juan acogiò doña Joaquina,
y en su amante regazo
delirando de amor se desatina,
y le oprime y sofoca en un abrazo,
y entre sus brazos preso,
ébria de amor y de cariño loca,
diòle un estrecho y apretado beso,
juntándose por fin boca con boca,
perdidos en dulcísimo embeleso.

—

¡Castísimo José! Tú, de pureza
de las Astúrias cándido mancebo,
que en tu gran entereza
de toda mancha te miraste exento
(salvas las del aceite ó mantequilla
y alguna que otra de batido ungüento)
y que con fé sencilla,
y ánimo denodado y valeroso
hicieras frente hasta el demonio mismo,
¿por qué del peligroso
continuo machacar no te alejaste
viendo en aquel mortero un hondo abismo.
¡Ay qué vil seduccion te preparaste!
Mas valiera que en vez de desmayado
al ver correr la sangre de tu dedo,
para evitarte tan cobarde miedo
que te hubiera la muerte sepultado!
Con esas criminales manos, ahora
trémulas de vergüenza, irás sin tino
á dar á don Simon un sopi-caldo
cuando eres de su honra su asesino!
Sigue, sigue en mal hora
la senda á tu camino,
que si á ella te llevò tu torpe estrella,
al fin, menguado, acabarás en ella.

—

Como es cosa sabida
que si el paso primero una vez damos,
sin encontrar salida
vamos hasta que al fin nos estrellamos;
y cuanto es mas al parecer dificil
entrar en la vereda,
mas seguros por ella caminamos,
siguiendo el giro á la inconstante rueda;
y ninguno ignoramos
que si un cesto nos brinda
de guindas lleno, con probar alguna,
una tras otra guinda,
dejamos el canasto sin ninguna:
así fué el asturiano,
que ya á su gusto lo encontrò sabroso,
ó que realmente fuera deleitoso,
contínuo de su amante al lado estaba,
excepto los instantes
que á don Simon las medicinas daba.
No ya con paso trémulo
ni con ojos de víctima le via,
sino erguido, y con cierta intolerancia
y luego impertinente,
y hasta servirlo al fin con repugnancia.

—

Ya Juan no machacaba ni barria,
ni atender à tal cosa era su oficio;
píldoras cuando mas acaso hacia
y dijo le cansaba este ejercicio.
Súpolo don Simon y reprendióle,
y Juan le contestó medio amoscado;
respondió don Simon amostazado,
y altivo el asturiano replicóle.
Entonces iracundo
don Simon, echó mano à un pucherete,
y un poco incorporado
alzando furibundo
cuanto pudo el cacharro, fué lanzado
con furor inclemente
á estrellársele á Juan contra la frente.
Al ruido acudió doña Joaquina,
y aquí ¡oh dolor! fué Troya;
se armó tal chamusquina
y gritos y barahunda y tal tramoya,
Juan á lágrima viva sollozando
y don Simon tosiendo,
la boticaria sin cesar gritando,
que nadie se entendia
ni nadie de ello la razon sabia.

—

Y el héroe de Astúrias sollozaba,
y el boticario con la tós se ahogaba,
y el perro de la casa alborotado
ladrando á mordiscarlos se tiraba,
y el gato huia por allí escapado,
y frascos, botes y ollas arrojaba,
y cual tigre feroz doña Joaquina
el revuelto cotarro
con sus voces y chillos asordaba,
y gritaba, y pateaba,
y en el talon derecho
se le metió la punta de un cacharro;

y entonces al temor de aquella herida,
y al hallarse rendida
y al verse atragantada de la bilis
amansó aquellas iras de leona;
y volviéndose entonces al amado
le dijo: "Pobre Juan, hijo de mi alma,
no estés desconsolado,
ven, prenda mia, ven, no tengas pena:»
y tomando del brazo á su azucena
y diciendo y haciendo,
á curarle á él la frente
y á curarse el talon con sal y vino
fuéronse juntamente,
fuéronse á la cocina
Juan y doña Joaquina.
¿Quién puede figurarse aquel arrobo
y aquel mútuo consuelo que se dieron
las dos amantes tórtolas heridas
cuando á solas se vieron
curada ya del uno la bosca frente
y el talon de la otra reluciente?....
Mil cálculos bullian
de entrambos dichosísimos amantes,
mil proyectos hacian
y ninguno á su plan se conformaba,
que todo lo estorbaba
la presencia fatal del boticario,
que nunca se moria
estando de continuo en la agonía.
Y á no mediar el lance del puchero
el concienzudo Juan aguardaria
de don Simon el trance postrimero
para ofrecer su mano á la viuda
que en el mundo quedaba sin ayuda;
mas se exaltó su bilis
tan amarga y tan cruda que violento
homicidios pensaba ciento á ciento:
el suelo pateaba
los puños esgrimia,
á su infeliz amante amenazaba
y al mundo y á su suerte maldecia.
En vano pretendió doña Joaquina
la cólera calmar del asturiano,
que en tanta desventura
en el rigor de su dolor insano
fuente á eterno llorar abrió la dura
mano del iracundo boticario,
y ambos desconsolados
inconsolables de su afrenta y mengua,
daban rienda á su llanto desolados
y libre curso á la punzante lengua.
Y allá en la oscura tenebrosa noche
escuchóse en el fondo de su alcoba
en medroso coloquio de ira lleno
en frases que sutil el aire roba
«su vida acabará con un veneno.»
Los ocultos recónditos estantes
airados removieron,
y purgas y laxantes
en breve recorrieron
buscando con premura una redoma
que el líquido fatal que contuviera
hasta el mismo cristal romper quisiera.
Y en un rincon oscuro
cubierto á par de polvo y telarañas,
encontraron un bote que decia
en un renglon pequeño que tenia
oleorum serpentorum y borrado
un *terrestris* que apenas se veia
tradujeron al punto de contado
«*aceite de serpientes*» y por bueno
dieron en el instante aquel veneno,
que Juan con mano trémula
á par que acariciaba,
medroso retiraba
de su aliento con asco y con desvio;
y ambos á la cocina se tornaron
y en silencio el brevaje prepararon.

—

...¿Quién pudiera pensar que de un puchero
estaba suspendida
del boticario la inconstante vida,
y que roto el cacharro por desgracia
á la tumba arrastrase
la lumbrera mejor de la farmacia
que sin par en el mundo se encontrase!
¿O era tal vez que sus contados dias
llegaban hasta entonces,
y que se hubiera roto ó no el puchero
lo mismo sucediera
y al fin envenenado se muriera?
Quién sabe!.... Nuestra ciencia
es tan solo una vana impertinencia
y cuando quiere Dios, cuando ser debe,
con todos vientos y contrarios llueve.....
....Don Simon no murió, sino al contrario
se puso al punto bueno;
ya sea que á un boticario
no le mate jamás ningun veneno
ó ya que de purgante
tan solo aquel menjurge le sirviera,
ello es que en un instante
dejó la cama remozado y listo....
y en fin, yo ya me canso, esto está visto,
y, lector, sino quieres fastidiarte
empieza el cuento en la segunda parte.

A. Auset.

LOS BAÑOS DEL MOLAR.

«Oh!... la temporada de baños es una de las temporadas mas deliciosas de la vida. En España como en otros paises donde las costumbres están mas refinadas y los goces materiales mejor entendidos, los baños suelen ser un pretexto nada mas en las clases, desde la medianamente acomodada hasta la de mayor rango en la sociedad, para echar un paréntesis en la vida monótona y compasada que se lleva en la Córte ó en las capitales de provincia. El austéro filósofo, la elegante coqueta, el hombre político y hasta el modesto folletinista, abandonan alegremente las contemplaciones de la naturaleza, los perfumados gabinetes, las discusiones gubernamentales y la crítica literaria para ir en pos del expansivo desahogo de la sencilla franqueza y raras aventuras que les expidan debajo de una barraca en las playas de Valencia, en la cómoda hospedería de Santa Agueda, ó en la siempre festiva y bulliciosa muchedumbre de Carratraca. Es muy comun encontrar en estos albergues contra el fastidio un número infinitamente mayor de enfermos de espíritu ó de aficionados á baños que no se bañan, al de aquellos que por sus padecimientos físicos acuden llenos de fé y esperanza á beber la anhelada salud en el cristalino manantial. Pero por muy cierto que esto sea, y por mucho que los resultados hayan sancionado esta bonísima costumbre en casi todos los baños de Europa, en los así llamados del Molar sucede todo lo contrario: son una excepcion de la regla comun: los gritos de alegría son allí reemplazados por los ayes del dolor: las alegres turbas de jóvenes bulliciosos, por sombras macilentas ó grotescas figuras, porque aquello es mas que un hospital, es un panteon de infelices vivientes. Ay!... los que van al Molar son los desventurados que abandona la Providencia!»

Este cuadro tristísimo, desconsolador, se complacia en trazar ante mis ojos uno de esos hombres descontentadizos para quienes nada grato hay en la tierra, cuando por una ligera afeccion de estómago me ví en la precision de consultar su experiencia sobre las comodidades con que los bañandos podian contar en el Molar. Como cualquiera puede figurarse el efecto que en mí produjo esta rápida pintura no fué por de pronto el mas lisonjero ni el mas conforme con mis necesidades higiénicas, de manera que hubiera renunciado de buen grado y sin vacilar á todos los beneficios de tan peregrinas aguas, si hubiera podido hacerlo sin quebrantar el terminante dictámen del jóven y distinguido profesor que con el mejor deseo y eficacia se ha propuesto restablecer mi asendereada salud. Esto, unido al semi-convencimiento que yo tenia de la exageracion del primitivo narrador, me fué haciendo cada vez mas soportable la idea; y finalmente, con ánimo resuelto me embarqué en la formidable diligencia de la viuda de Martin, y á Roma por todo. Y digo me embarqué, porque hubo un momento en que creí que me hallaba á bordo del esquife del pavoroso barquero de la Estigia al sentir los rudos sacudimientos y giros oscilatorios de aquella máquina ambulante, muy parecidos á los que produciria una pelota de goma encerrada en un tambor. La del alba seria cuando el vetusto cajon de la mencionada diligencia me recibió en su seno, y como esta hora, aunque es en la que dispierta la naturaleza y principian á animarse las maravillas de la creacion, no es la mas á propósito para ver clara y distintamente los objetos, me contenté con saludar levemente á dos bultos que yacian reclinados en el fondo del coche, los que marqué como pertenencia de esa hermosa mitad del género humano, llamada bello sexo, por la atiplada y dulcísima voz con que me contestaron. Y no me engañé; porque mas adelante y á favor de la bienhechora luz de la mañana, pude recrear la vista en dos rostros de lo mas peregrino y rematado que ha salido de las manos del Supremo Artífice, al que desde luego me dirigí en accion de gracias por haberme deparado tan lindas compañeras en tan doloroso viaje.

—¿Tambien se dirigen Vds. á los baños del Molar?

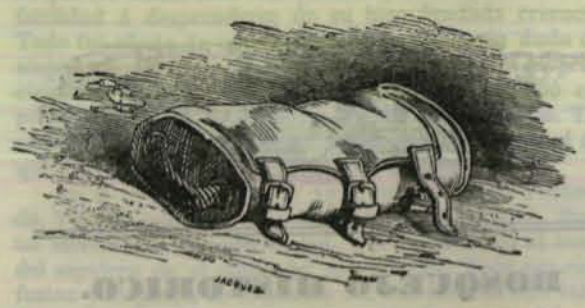
—Sí señor; me respondió la mas jóven; y yo estuve á punto de exclamar en uno de esos arrebatos en que se dice lo que se piensa, y no se piensa lo que se dice.... ¡Grandes, poderosas é irresistibles razones tendrán estas bellas señoritas para exponer sus delicadas individualidades al insoportable vapuleo de un carromato, y para arrostrar los rigores de la canícula!.... Pero como este rasgo de piadosa contemplacion me hubiera llevado forzosamente á la averiguacion de las causas que las obligaban á emprender aquella ruta, tuve por conveniente suprimirlo y hacer á mis solas todas las hipótesis que me ocurrieron, porque es la mayor imprudencia que cometerse puede la de hacer preguntas directas á una dama sobre el estado de su salud. Tomada esta determinacion empezé á suponer que ellas á su vez estaban tambien haciendo suposiciones sobre mi entonces escuálida y desvencijada persona; y á juzgar por las maliciosas, risueñas y significativas miradas que se cruzaron entre las dos, no me trataban todo lo favorable que yo podia apetecer; pero como lo peor que en semejantes casos puede hacer un hombre es ponerse colorado, y lo mejor que puede ocurrírsele es afrontar el peligro con impavidez, ó no afrontarlo y, como suele decirse, hacerse el sueco; yo, que por el estado de flaqueza en que me hallaba no podia disponer de la necesaria energía de espíritu para salir airoso en el primer caso, adopté con cristiana resignacion el segundo; y envolviéndome lo mejor posible en mi capa, abandoné mi lastimada humanidad al incisivo y afilado diente de la implacable censura femenina. Esto es muy frecuente en los viajes; y en todos, generalmente hablando, pasadas las primeras impresiones, concluyen por identificarse las personas hasta tal punto, que suelen formarse lazos indisolubles, que se encargan de estrechar mas adelante el amor, el respeto ó la amistad.

Habiamos dejado la heróica villa, débilmente alumbrada por las rosadas tintas de la aurora; y aunque, gracias á la *pia*, *manchega* y la *otra*, íbamos ganando terreno hácia el Norte, no por esto dejaba de hacerse sentir el influjo de un sol abrasador, y que merced á la disposicion del carruaje y al polvo del intransitable camino hacia subir la temperatura nada mas que á unos 38=1=0=. Seis horas y media llevábamos de tortura dentro de aquel endemoniado potro, cuando se ofreció á nuestros ojos la venta de *Pesadilla*, con cuya vista me pareció salir de otra mucho mas pesada; y, como á D. Quijote, fué para mí la estrella que á los portales, si no á los alcázares, de la redencion me encaminaba. Sin embargo, en los veinte y seis cuartos de hora no habiamos dejado atrás mas que unos diez y ocho cuartos de legua, y todavía nos faltaban diez muy angostos, pero muy largos, para llegar al laus deo de nuestra peregrinacion. ¡Pasmosa celeridad! Reparamos nues-

tras aniquiladas fuerzas, como repararse pueden en una venta de España, y en el momento en que el tio Gollo, patron de aquel desencuadernado falucho, nos manifestó que sus fieras alimañas estaban en disposicion de volvernos á arrastrar, nos dejamos idem con la mayor resignacion, y emprendimos la subida de la interminable cuesta de San Agustin. No sé con seguridad el tiempo que tardamos en verificar la ascension, porque á poco de haber emprendido el monótono movimiento, un sueño dulcísimo se apoderó de mis sentidos, y no disperté hasta el momento en que el carruaje, separándose del camino real, principió á levantar espesísimas columnas de polvo, que estuvieron á punto de sofocarnos. Pero á través de aquellas densas tinieblas columbramos nuestra tierra de promision, el suspirado Molar, centro de nuestros pensamientos, receptáculo de nuestra anhelada salud; y aquellas casas de adobes mezquina y pobremente plantadas sobre una tierra mas pobre é infecunda, me parecieron palacios encantados, donde me esperaban las mayores venturas y felicidades.

Por último, fondeamos en casa de la Polonia, dueña del insigne parador de la no menos insigne diligencia: cada cual se acomodó lo mejor que pudo, y si mis indulgentes lectores quieren saber lo demas, con el número cuarto de este atildado periódico vendré á verlos dentro de quince dias, porque otros tantos necesitó para descansar de las fatigas del viaje su muy rendido y siempre obligado servidor

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.



CAIN Y ABEL.

CAPITULO IV.

LA TENTACION.

Arredro vayas, Sátan; cata la Cruz.

QUEVEDO.

Olivia abrió la puerta y la salió al encuentro.

—Señora, por el leon de San Marcos, despedid á ese caballero. *Il signor Camilo* ha entrado con siniestro ceño.

—¿Dormís, Jacinta, ó habeis contra vuestra costumbre hecho honor al sabrosísimo *lacryma-christi*? Ese caballero está en paraje tan oculto que en vano Camilo intentará buscarle en él. No os cuideis de eso y dejadme sola.

Jacinta se retiró avergonzada, saludando al pasar al veneciano Camilo que con pausado ademan, y la cabeza enteramente inclinada sobre el pecho, entró en la estancia de Olivia, como maquinalmente, y sin fijar la atencion, ni en el saludo de la una ni en la presencia de la otra. Arrojóse en seguida sobre un sillon, y apoyando su fruncida frente sobre la mano, dejó articular apenas estas palabras.—Qué detestable estrella! ¡todos mis cálculos frustrados!

El que algunos minutos antes hubiera visto allí al Conde de Laval, no titubearia un solo instante en tomar á Camilo por aquel, aunque con distinto traje. Qué prodigiosa é inexplicable semejanza! El jóven veneciano tenia la misma estatura, el mismo porte, el mismo desembarazo, las mismas facciones nobles y varoniles del Conde; negros los ojos, barba y cabellos: aun los mas pequeños movimientos, desapercibidos generalmente por todos aquellos que no sean los que viven al rededor de una persona, eran idénticos; su mirar y gravedad en todo igual. Sin embargo, Camilo tenia en su fisonomía un no sé qué de tristeza y melancólica amargura que interesaba; su sonrisa, si por acaso asomaba á sus gruesos lábios, era tan desconsoladora y tan irónica que hacia daño; y sobre todo, en sus ojos se percibia un tan íntimo sentimiento de dolor y pesadumbre, que cuando él lanzaba una de sus tristísimas miradas despedazaba el alma.—Ah! cuánto debe padecer ese espíritu, decia uno entre sí! Eran de esos ojos que lloran sin lágrimas. La palidez de su rostro, realzada por su negra barba y sus móviles y espesas cejas, daba el último tinte de abatimiento y languidez á aquella hermosa cabeza.

Venia vestido á la francesa, segun moda del tiempo, y traía una ropilla de raso azul de cielo, que abotonándose hasta la brillante correa de su cinturon, se separaba por debajo de él en dos faldetas cortas y paralelas; una sencilla gorguera de batista, doblada sobre los hombros, era el único adorno que con sus

negras melenas engalanaba el cuello: ancho calzon de terciopelo negro con franjas de oro bajaba á sujetarse á la rodilla, en la cual se descubria la rica calza de seda que se ocultaba á poco bajo una elevada bota, anchísima en su campana y arrugada sobre el empeine del pie. Llevaba en la cabeza un sombrero negro con grandes alas, adornado de plumas azules y agraciados lazos.

Apenas Olivia hubo visto entrar á su amante, se encamino hácia él, y apoyándose sobre el respaldo del sillon en que estaba sentado, le observó por algun tiempo: tomando en seguida el acento mas dulce que su turbacion la permitia, exclamó en voz baja: —Camilo!

Tenia delante de sí el ídolo, el hombre á cuyo aspecto su alma se sentia bajo el influjo de un poder irresistible; su voluntad obedecia y se identificaba con otra voluntad, prestándose cual débil juguete á sus menores insinuaciones, á sus mas desordenados caprichos. Aquella mujer, libre, altiva y dichosa en algun tiempo, que acaso se habia burlado un dia de la pasion que ahora la abrasaba, se veia á merced del hombre bajo cuyo dominio se habia sometido voluntariamente, jactándose de ser débil con él, si con otros habia sido fuerte; esclava suya, cuando habia reinado en el albedrío de sus demas adoradores; y siendo á la mas leve palabra de su amante una mísera criatura, cuya dicha y existencia dependian del amor de aquel hombre. ¿Quién podrá explicar tan rara alternativa, tan extraño contraste de orgullo y humildad, de frio despego y frenético cariño, sino con la palabra «amor?»

El jóven continuaba silencioso y meditabundo sin dar muestras de haber oido la voz de la Italiana.—Camilo! volvió á repetir Olivia con tierna voz, y tirándole hácia sí de la manga del vestido.

—Ah! eres tú? exclamó él levantando la cabeza y con cejijunto semblante.

—Vas á quejarte porque te he aguardado?

—No me acuerdo haberte dado quejas nunca: te ruego que me dejes.

—Vamos, repuso Olivia separándose un tanto, hoy no es dia de lisonjas.

—No, ni dia de suerte.

Un ligero silencio siguió á esta exclamacion; Olivia volvió á acercarse á su amante.

—Cuánto has perdido? le preguntó con interés.

—Mas que tú ganarias en tres años con tu peregrina voz. No parece sino que todos los paisanos de nuestro buen papa Urbano VIII, esos maldecidos florentinos se habian dado de ojo esta noche para dejarme arruinado. Pero no hay nada perdido por eso, añadió mirando de reojo á Olivia con una amarga é irónica sonrisa: «si soy *desgraciado en el juego*, soy afortunado en amores.»

—He reparado hace algunos dias que te has vuelto muy ingenioso para denostarme; explícate con lisura. ¿Es quizás porque lo he abandonado todo por seguirte, porque me he sacrificado por tí, por lo que me tratas con tanto desprecio? Y si no es eso, ¿qué es entonces lo que yo te he hecho?

—Qué me has hecho? replicó Camilo con una mirada sombría y llena de indignacion, no me lo recuerdes, Olivia, porque en los tales recuerdos hay para perder la poca razon que me queda. Qué me has hecho? Te has apoderado de mí desde que me conociste, me has enlazado con una cadena de hierro y me has arrastrado contigo. No hay duda que yo tenia ya en mí el gérmen de todas las malas pasiones, pero ¡con qué arte, con qué paciencia y esmero le has desarrollado tú y le has hecho prosperar! Olivia, tú has sido para mí el genio del mal!.... ¿Y aun me preguntais qué es lo que me habeis hecho? gritó con una voz aterradora, y levantándose se dirigió hácia ella; me habeis creado una vida de angustias y desastres; me habeis creado noches sin sueño y dias sin reposo, me habeis hecho lo que soy! Considerad vuestra obra, ¿estais contenta de ella?

—Yo creí, le repuso Olivia sin alterarse y con una sonrisa entre forzada é irónica, que esta noche no habias estado mas que en la casa de juego: ¿en qué teatro has aprendido esa relacion de tragedia?

—Olivia! luego tú no tienes de mujer mas que el agraciado rostro y la voz seductora? No hay en tí nada que equivalga á la palabra «remordimiento?» Creí que nuestra semejanza era completa; pero veo con placer que me habia engañado. Tu obra está por acabar; préstame esa sonrisa tranquila y desdeñosa, esa frente radiante y serena. Olivia, estoy harto de tantos crímenes!

—Dí mas bien que estas harto de mí.

—Acaso uno y otro no quieren decir lo mismo?

—Hombre desapiadado! en vez de martirizarme de esa suerte, ármate de valor y atraviesa mi pecho. Haríasme gran merced en ello, porque tu puñal no puede ser mas acerado que lo son tus palabras. No sé hasta qué punto sea cierto ese funesto influjo que sobre tí me atribuyes; pero lo que sé es que desde que te amo, tambien yo he cambiado enteramente: hubo un tiempo en que enmedio de mis mas reprensibles extravíos, una secreta voz me daba á conocer que aun no era sorda á la de la virtud, en que podia llorar y rogar á Dios; ahora mis lábios se quedan helados y mi lengua se paraliza en cuanto empiezo á susurrar el principio de una oracion, y esta es la vez primera en dos años que las lágrimas surcan mis mejillas. Camilo mio, continuó la acongojada Olivia, abrazando las rodillas de su amante; tén lástima de mí, no mas injurias ni dicterios, ó bien si esta mujer que tanto has querido te es insoportable ya, si su vista te irrita y su compañía te desespera, dispon de su vida porque la infeliz no puede vivir sin tí.

—Basta, exclamó Camilo despues de algun tiempo con bronca voz, y levantándola del suelo: levántate, olvida y perdona. Sí, perdóname porque hoy me siento con siniestras intenciones; tengo los nervios horriblemente irritados. Pon la mano en mi frente: abrasa, no es verdad? Estoy febril. No es que piense en lo que he perdido, no; en vano quiero explicarme en qué consiste; es una desazon de todo mi cuerpo, la pesadez de la atmósfera sin duda. Dáme de beber; tengo una sed abrasadora.

Y la amorosa Olivia, contenta como el jóven novel que acaba de escuchar el primer *sí* de su adorada, echóle de beber en un primoroso vaso de cristal de Venecia, y se le presentó graciosamente.

—Toma, Camilo mio.

—Gracias, contestó él, despues de haber apurado hasta la última gota del líquido; es preciso que

vuelva á salir, no puedo estarme quieto. Voy á ver si logro desquitarme de lo que he perdido; tan mala ha sido mi suerte, que creo imposible que no cambie.

—Sí, mas no tengo dinero que darte, Camilo, porque los dos judíos malditos Fazzaleone y Maffeo han venido esta tarde, me han hablado de plazos espirados de cárcel; yo he temido que te prendieran y les he dado todo lo que me quedaba. Réstanme aun, no obstante, mis alhajas; tómalas.

—Infeliz! luego tambien á tí te he reducido á la miseria. Escucha, Olivia; no vayas á decirme que no piense ya en eso, Fazzaleone y Maffeo no son mis únicos acreedores; tengo otros aun mas inhumanos y avarientos: nos veremos obligados á huir de Roma.

—Sí, de Roma y de toda Italia, porque no es ese solo el peligro que te amenaza; los parientes de aquel Conde siciliano que encontraron muerto en su propia casa, con el pecho traspasado de una estocada, pretenden probar que aquella muerte fué resultado de un duelo sin testigos y no de suicidio.

—Bien está, prorumpió con voz sombría el veneciano; mañana ó esta misma quizás vendrán á prenderme, no es esto lo que quieres decirme? Que vengan, que vengan en buen hora, continuó paseando con desiguales pasos por la estancia; no me resistiré, estoy harto de vivir y de luchar con mi mala estrella; he dado ya hartos malos pasos por el horrible sendero en que hace cuatro años camino entre el crímen y la miseria, próximo siempre á caer en uno ú en otro abismo. Recréate si quieres con la satisfaccion de haber adivinado todo lo que ahora está pasando: te escucharé sin cólera, aquí me tienes resignado. Y cruzando ambos brazos fué á arrojarse de nuevo en el sillon que antes ocupaba.

—Yo hacerte cargos inútiles, repuso Olivia, cuando un peligro inminente te amenaza! Voy á probarte por el contrario, añadió arrastrando hácia él un taburete, y sentándose á sus pies, que todas mis miras tienden á lo venidero.—¿Te acuerdas de aquel caballero francés que encontramos en un baile, y que te se parecía tanto?.... Semejanza extraordinaria, identidad increible y que engañaría, no digo á Roma, sino á todo el mundo!

La mirada de Camilo, que fué la respuesta, dió á entender la sorpresa que le causaba el recuerdo de hombre alguno en un caso tan apurado y que á él solo atañía. Sin embargo, no sé que idea pasó por su mente que le obligó á contestar:

—Si, me acuerdo: en aquel baile todo el mundo le saludaba por mi nombre. Yo experimenté al verle un sentimiento vago de que no pude darme razon; despues he pensado que un hombre delante del cual no pasaba con indiferencia, no podia inspirarme sino odio; luego le odio: no hablemos de él.

—Justamente de él es de quien debemos hablar, prosiguió la dama recostando el brazo sobre las rodillas de su amante. Ese caballero se titula Conde de Laval, es de Tolosa, y heredero único de una familia sumamente rica; todos estos pormenores los sé por él. He querido verle, ha venido y he estudiado de cerca vuestra semejanza: ¿sabes que es prodigiosa?

—Lo sé; no hace mucho que un francés, amigo suyo, me ha detenido en la calle, y equivocándome con él me ha preguntado si habia definitivamente resuelto mi marcha para esta noche.—Pero ¿qué me quieres decir con todo eso? exclamó por último el jóven, mirándola con impaciencia y cólera.

—Escucha, contestó ella tomándole la mano; vas á verte proscripto; ni tienes riquezas, ni familia, ni lo que es mas, un apellido que poder decir legítimamente «es mio» pues ignoras á quien debes el ser. Tu porvenir se presenta sombrío y desesperado á pesar de esa ambicion que te devora. En vano has luchado hasta aquí contra la desgracia y las preocupaciones; en vano has agotado en inútiles esfuerzos una energía digna de mejor resultado. No necesitabas para hacer tu suerte mas que una ocasion favorable; hasta ahora inútilmente la has aguardado: en el dia te se presenta. ¿Quieres aprovecharla? Tú, que ni tienes nombre, ni posees riquezas, ni conoces familia, ¿quieres una familia poderosa y esclarecida, riquezas inmensas, y un título ilustre y grande que podrás tú engrandecer aun?

—Sin duda, interrumpió el jóven mirándola fijamente, tú vas á proponerme algun crímen, Olivia, cuando te vales de tantos rodeos. Acaba de una vez.

—Sí, añadió ella precipitadamente; el tiempo es precioso y no debemos gastarle en inútiles palabras. Dentro de media hora se detendrá en la puerta de esta casa una silla de posta para el Conde de Laval; en ella debe regresar á Francia á reunirse con su familia. ¿Quiéres marcharte en su lugar y tomar su nombre?

Camilo frunció las cejas como enojado de oir una salida tan descabellada, y encogiendo los hombros, la contestó entre dientes:—No te entiendo.

—No entiendes que hace tres años que el Conde de Laval ha abandonado á su familia, que te pareces á él de modo que engañarías á su misma madre, aun cuando estuviese prevenida de tan extraordinaria semejanza, y que si te presentas con audacia en lugar suyo, nadie podrá ni se atreverá á decir: «no es él!» Es en vano que muestres en tus lábios esa sonrisa amarga é incrédula, continuó la dama, trayéndole á sí; mi proyecto te parece una locura, bien lo veo, pero antes de proponértelo he premeditado por largo tiempo el resultado. La silla de posta del Conde ha de venir aquí, y nadie puede oponerse á que te alejes en lugar suyo. Esta cartera, añadió, presentándole la del extranjero, encierra papeles de familia y parte de la correspondencia de Laval; por ellos puedes enterarte de varios pormenores de su historia; y á la vez pueden servirte de títulos y de pruebas. No desaproveches esta ocasion; mira que es la mano de Dios la que dirige todo esto: ¿cómo explicar sino una semejanza tan milagrosa? ¿Pero no me respondes? añadió Olivia, sacudiéndole fuertemente del brazo: habla, habla.

El jóven la miró un rato en silencio, balanceando lentamente la cabeza sobre sus hombros, y despues exclamó con una sonrisa falsa y llena de indignacion.

—Estaba pensando que esa concepcion es verdaderamente infernal; pero tú estás loca. Con esa cabeza volcánica no te se ha ocurrido que el verdadero Conde de Laval habia de reclamar alguna vez lo que es suyo, que no habia de estarse eternamente en Italia, y que por último vendria á decirme á la faz del mundo, que era un impostor.

Por un breve instante guardó silencio Olivia; mas levantándose de pronto del taburete en que estaba sentada, obligó á hacer lo mismo al jóven, sin soltarle de la mano, y le condujo enfrente de las densas cortinas de su alcoba. Camilo se dejó llevar maquinalmente, preocupado con la risueña perspectiva que le acababan de poner á la vista. Olivia observó por última vez el semblante del jóven, y llevando su blanca mano hácia el oscuro fondo de la alcoba, levantó la colgadura, y empujando suavemente á su amante, le mostró al incauto Conde que yacía siempre en la misma postura, diciéndole: mira.

Camilo retrocedió algunos pasos, y gritó estremecido: ¡Envenenado!

—No, contestó ella con horrible sangre fria.—Está dormido.

—Pero cuando se despierte, añadió el jóven acercándose á él y con voz mas baja, ¿quién le estorbará que se marche?

—Por lo mismo, dijo Olivia soltando la cortina, y apoyando con fuerza ambas manos sobre los hombros de Camilo; por lo mismo, repitió, es necesario que ya no se despierte.

—Ahora comprendo, contestó el jóven con un hondo suspiro, y dejando caer su cabeza sobre el pecho.

—Y ¿qué dices de mi proyecto? preguntó ella con silenciosa voz.

—Que es digno de tí. ¿Con que es un asesinato lo que me pides, mujer infernal? Por qué no lo dijiste desde el principio, y no te hubiera escuchado tan largo tiempo! ¿Negarás ahora el horrible influjo que ejerces sobre mí? ¿negarás ahora que tú eres para mí el genio del mal? Si, añadió el jóven, rechazándola de sí con horror, y con acento penetrante y dolorido; tu voz ha sido siempre la que me ha impelido hácia el crímen, pero esta vez he de resistirte. Huye, gritó furioso, dirigiéndose á ella, huye de aquí; me horroriza la idea de sangre, tanto como me horrorizas tú.

El ruido sordo de la silla de posta, y un aldabonazo recio y vibrante cuyo eco repitió la estancia, heló la palabra en los lábios del jóven, que se detuvo inmóble en el dintel de la puerta. La expresion de su rostro cambió súbitamente; un terror indescriptible sucedió á la indignacion, y los ojos del veneciano se apartaron de Olivia, se fijaron involuntariamente en la alcoba.

La Italiana interpretando aquella mirada, se abalanzó á la puerta del gabinete y la cerró de golpe.

ISIDORO GIL.

BOSQUEJO HISTORICO.

MINORIA DE ISABEL II.

Declaracion de su mayor edad.

Corria el año de 1827, y en las escabrosas montañas de Cataluña se alzaban pendones por el hijo segundo de Cárlos IV: era la primera demostracion de impaciente deseos; el primer ímpetu de esperanzas antes concebidas y hondamente arraigadas en muchos corazones. Ni podia ser de otro modo: víctima Fernando VII de continuos achaques, se sumergia por instantes en el hielo de una vejez prematura: ya le habian llamado esposo tres augustas señoras, sin que nunca sonára en su oido el dulce nombre de padre; y se enagenaba de dia en dia las voluntades de los que en épocas no remotas le habian defendido hasta con furibundo celo. Gran parte pudo tener en esta variacion la circunstancia de que en los últimos años era el gobierno del Rey menos tiránico de lo que muchos apetecian, é iba encaminándose hácia la senda de las mejoras, si bien con paso tímido, vacilante y despacioso.

Fernando VII acudió en persona al suelo catalan, y su presencia sofocó por entonces el incendio de aquella rebelion, harto imponente: regresó á la córte victorioso: fué recibido con públicos festejos; y diez y seis meses despues celebró sus desposorios con Doña María Cristina de Borbon, hija del Rey de Napoles, el 11 de diciembre de 1829.

Sintióse á poco en cinta la cuarta esposa del Monarca español, y al punto se declaró vigente la ley de Partida, de que ya se hizo mencion en las Córtes de 1778, y por la que *á falta de hijo varon la hija mayor hereda los reinos*; aboliéndose la ley sálica, que *excluye á las hembras de la sucesion á la Corona*. Profunda efervescencia produjo esta disposicion en el ánimo de los adictos al infante, y aun hubieron de formar proyectos, cuya realizacion encontró invencible resistencia en la férrea voluntad del hombre á quien brindaban con el cetro, pues siempre sostuvo que *mientras su hermano viviera él*

seria su mejor y mas leal vasallo. Promulgóse en todo el reino la mencionada ley sin oposicion alguna, y el curso de los sucesos vino á corroborar en breve lo previsor de la medida. No será fuera de propósito referir un incidente, de que fueron testigos los habitantes de la capital en 1830.

Acercábase el dia del alumbramiento de Cristina, y se adoptaron las oportunas disposiciones para que instantáneamente cundiera en Madrid la noticia de si la Providencia deparaba á la nacion española un príncipe ó una princesa de Astúrias. Colocáronse á este fin piezas de artillería en tres diversos puntos: en la montaña del Príncipe Pio, extramuros de la puerta de los Pozos (hoy de Bilbao) y en las eras de la puerta de Atocha. Una bandera encarnada en lo alto del alcázar régio seria la señal de que Cristina habia dado á luz un varon: celebraria tan fausta nueva una salva de 21 cañonazos en la montaña, á la que responderian de los otros puntos con igual número de disparos. Si nacia hembra la augusta prole de Fernando, habia de anunciarlo una bandera blanca, y permaneciendo mudas dos de las baterías, solo una de ellas, la del Príncipe Pio, dispararia doce cañonazos. Llegó por último el suspirado instante: declinaba á su ocaso el sol del dia 10 de octubre de 1830: tronó el zumbido del cañon por todo el ámbito de la córte: el pueblo de Madrid prestó atento oido: sin atreverse á respirar siquiera contó los cañonazos hasta doce: entonces hubo un momento de perplejidad: suspenso el ánimo, creció la ansiedad, y la temerosa duda, y el ferviente anhelo..... Otra vez vibró en los aires el ronco estampido del bronce: contestaron al saludo todas las baterías: se puso en movimiento la poblacion en masa: los que se dirigian á palacio victoreaban gozosos al príncipe de Astúrias: los que de allí volvian habian visto una bandera blanca meciéndose orgullosa sobre la cumbre de la mansion de nuestros reyes: unos daban fé del hecho que habian presenciado: otros, en la firme persuasion de que les habia sido fiel su oido, no se prestaban con facilidad á desprenderse de su bien fundada creencia. Todo fué efecto de una equivocacion, hija sin duda del atolondramiento de la alegría: en palacio se izó al principio una bandera encarnada; y aunque se acudió con presteza á enmendar el yerro, fué ya empeño vano. Tan extraño incidente animó todas las conversaciones el dia que Isabel II abrió los ojos á la luz del mundo.

En el mes de enero de 1832 tuvo otra hija Fernando VII, y cada vez mas abatido por sus males, tomó tal incremento su enfermedad, que le arrastró al borde del sepulcro en el otoño del mismo año. Todo era confusion y angustia en el palacio del real sitio de San Ildefonso: la intriga palaciega sorprendió la agonía del moribundo Monarca, quien con mano trémula estampó su firma al pié de un codicilo, sancionando así el encumbramiento al trono de su hermano el infante. El poderoso auxilio de algunos miembros de la alta nobleza, y la oportuna llegada del infante D. Francisco y de su esposa, quienes acudieron en posta á la Granja desde el Puerto de Santa María, inspiraron á la Reina Cristina aliento y confianza, y desvanecieron las sombras de tan maléfica intriga. Una vez mas miró el Omnipotente á España con benignos ojos; y ciñendo con una ráfaga de vida el lecho mortuorio del Monarca, prolongó algun tanto el hilo de su existencia, para que tuviese espacio de conseguir que la causa legítima de la princesa descansàra sobre mas sólida base. Entre las importantes disposiciones encaminadas al logro de tan laudable objeto, ocupan un lugar preferente la amnistía, que abriendo las puertas de la patria á muchos varones insignes en política, armas y letras, rodeó á la heredera de Fernando de leales y decididos defensores; la salida de España del infante, con lo que se arrancó del seno de la monarquía el principal foco de ambiciones bastardas, el eje en cuyo rededor giraban todos los proyectos de trastorno; y la solemne jura de la Princesa, verificada en el monasterio de San Gerónimo el 20 de junio de 1833, y á la que concurrieron diputados de todas las ciudades y villas de voto en Córtes.

Gemia en tanto el Rey en la situacion mas lamentable, y harto revelaban el fin de sus horas la palidez de su semblante, la tristeza de sus ojos y lo caduco de su paso. Cedió por último la naturaleza á lo agudo de la enfermedad, y el lúgubre tañido de las campanas, cuyo eco resonó cada vez mas amenazante y melancólico de pueblo en pueblo, les anunció á los unos el dia 30 de setiembre cuánta fortaleza era precisa para no sucumbir entre las vicisitudes de una larga minoría; fué para los otros la voz de alarma, la señal del combate.

La proclamacion de Isabel II celebrada el 24 de octubre de 1833, el desarme de los realistas en toda España y la aparicion de algunas fuerzas rebeldes en el Norte, son sucesos que se agolparon uno en pos de otro. Reunidos así en torno de la excelsa Huérfana y de su augusta Madre, Regente y Gobernadora del reino, cuantos sentian en su corazon los nobles impulsos de la lealtad castellana, deshicieron instantáneamente los numerosos batallones de voluntarios con que podia contar el enemigo, y con ánimo esforzado y singular denuedo se arrojaron á la lucha.

Era la guerra civil tan dolorosa como inevitable: á la cuestion de dinastía iba enlazada la de principios: de un lado iba á combatir la esencia del fanatismo: del otro el espíritu de las reformas: amagaba una horrible pelea entre el demonio de la ambicion y el ángel de la inocencia, y rompió al fin y se turbó la paz de las familias, y empuñaron las armas padres contra hijos, hermanos contra hermanos: incendio de mieses y edificios, asolacion de pueblos y campiñas fueron la inmediata consecuencia de tan fatal discordia. Un hombre de génio, Zumalacárregui, se puso al frente de las fuerzas carlistas: jamás lograron otro caudillo de mas ruda energía y de mas altiva preponderancia: tan apto para organizar un ejército como para dirigirlo, tan emprendedor como valiente, tan sagáz como inflexible, tan poderoso como respetado, proporcionó á los suyos muchas victorias, y supo tener á raya á la ambulante córte de D. Cárlos, compuesta en su mayor parte de hombres mas idóneos para figurar entre los sacramentales de una parroquia, que para llevar la voz en las tiendas de un campamento. Estas gentes comenzaron á rebullirse desde que á Zumalacárregui le alcanzó la muerte ante los muros de Bilbao, convirtiéndose á poco en un elemento de desunion altamente pernicioso á la injusta causa del carlismo, bajo cuyos tristes pendones militaban provincias enteras por la conservacion de sus venerandos fueros, y muchos jóvenes de mérito que allí se veian arrastrados por la fuerza de las circunstancias, tal vez por resentimientos personales, quizá por ese espíritu novelesco que induce lanzarse á empresas de difícil éxito, ó acaso sin saber cómo; y ni esas provincias con sus instituciones populares, ni esos jóvenes con las ideas propias de sus años podian vivir largo tiempo en armonia con personas vetustas, de corazon gastado, de mente supersticiosa, y apegadas por su índole á rancios abusos.

Tampoco entre los infinitos y leales defensores de Isabel II, reinaba la íntima union que debia guiarles á una inmediata y cabal victoria, porque con la guerra civil vino á complicarse la revolucion política, originándose de ella dos opuestos bandos, respetables tanto por su número como por el carácter especial que les distinguia. Regimentado el uno bajo la mágica insignia del *órden*; contaba en sus filas la flor y nata del saber y de la riqueza, y siempre solia llevar la mejor parte en las luchas parlamentarias: fuerte el otro con sus mas halagadoras doctrinas de *progreso*, tenia en su ventaja decision á toda prueba y singular arrojo, por lo que siempre salia vencedor en las conmociones populares. Un fausto acontecimiento vino á apaciguar el encono que dividia á los dos bandos, proporcionádoles que ambos se acercaran, para que uno y otro se entendieran, pues en 1837, formaron los hombres del *progreso* una constitucion, adoptando las ideas de los hombres de *órden*; se hizo de este modo casi imperceptible la distancia que los separaba; y pudieron atender con mas holgura al aniquilamiento del comun enemigo. Este llegó al apogeo de su gloria cuando se aprestó al último sitio de Bilbao; comenzando para él desde la noche de Luchana un periodo de decadencia que, á traves de la espedicion de Gomez, cuyo único resultado fué poner en evidencia, que un general habil, puede cruzar al frente de su ejército un vasto territorio, amparándose de asperezas y quebradas, sufriendo reveses ó burlando con rápidos movimientos el afan de las tropas que le persiguen; y de la espedicion todavía mas descabellada que trajo á don Cárlos junto á la deleznable tapia de Madrid, para volverle entre el abatimiento y el escarnio á las montañas del norte, le arrastró á su muerte acaecida el 31 de agosto de 1839, en los célebres campos de Vergara, donde un cordial abrazo fué la prenda de reconciliacion de los combatientes, tenaces y esforzados, y generosos como españoles. Aun quedaban algunos rezagos del carlismo en el bajo Aragon, en Cataluña y en Valencia: un estudiante de Tortosa de talento no comun y de actividad sobresaliente, era entre todos los gefes de los puntos citados el mas inteligente, el mas formidable y el de mas prestigio. No obstante como las provinicas Vascongadas servian de centro à las operaciones; hendido por su raiz el tronco del árbol, necesariamente habia de desgajarse la mas robusta de sus ramas. Por eso las tropas vencedoras en cien combates á la voz eléctrica de *Isabel y libertad*, marcaron sus jornadas triunfales en Segura y Castellote y en el fondo del Maestrazgo hasta descansar de sus prolongadas fatigas en el recinto de Berga, último parapeto de las fuerzas rebeldes.

Vencido don Cárlos por la Providencia y la fortuna residia ya en la poblacion de Bourges por especial mandato del gobierno de Luis Felipe. A sus obstinadas pretensiones habia opuesto inespugnable muralla el gran partido liberal, aunque entre sí dividido: de la guerra civil habia salido ileso el trono de Isabel II: jamás se atreviera hasta entonces á invadir sus gradas el oleage revolucionario, que en su tremendo empuje habia arrollado instituciones antiguas y destruido clases poderosas: la proverbial veneracion de los españoles al régio solio habia pesado siempre mucho mas en la balanza que el extravío de las ideas y el desenfreno de las pasiones.

Pero ni aun aquí hubieron término los desastres y vicisitudes de la minoria de la reina de España. A la sombra de las contiendas intestinas, habia nacido un poder gigante, el del hombre encargado de la direccion de los ejércitos. Acariciadas sus sienes por el aura suave de la fortuna, brotó inmarcesible en ellas el laurel de la victoria, ocultándose bajo sus verdes hojas el áspid de una ambicion desmedida. Poco tardaron en columbrarse sus torcidos intentos por el influjo que en el gobierno de la nacion ejerciera, separándose del rumbo que cumple seguir á un leal soldado, desde que en Pozuelo de Aravaca promovió la caida del ministerio Calatrava, para oponerse despues á la formacion del ejército de reserva, y trazar un incalificable escrito sobre la cureña de un cañon en el Mas de las Matas, y exijir exhorbitantes recompensas para sus tropas por una accion de poca monta, y rebelarse en fin dentro de la capital de Cataluña contra la ilustre matrona que le habia colmado de títulos y de honores.

Empuñaba el partido del *órden* las riendas del estado en agosto de 1840; para trasmitir el poder al partido contrario era mas que suficiente contrapeso la espada del guerrero á quien aludimos, y por desdicha de la nacion y con mengua de su inclita fama desdeñó la vara de alcalde de su pueblo, fanal de todas sus ilusiones, por el vano oropel de una investidura, que solo les cuadra bien á los hombres de genio, y en la que acaso aspirò á representar una mísera parodia del capitan del siglo.

Congojosos dias pasára Isabel II privada en su niñez de las delicias del maternal cariño y rodeada de aústeros guardianes, que á sus recreos ponian coto, estorbándola ademas en octubre de 1841 el dulce consuelo de interceder por la vida de sus mas ilustres campeones, de sus mas denodados paladines, ofrecidos en holocausto á la crueldad del hombre, cuya gloria habian cimentado y sostenido en cien campos de batalla.

No podia ser de larga duracion una autoridad adquirida y conservada al abrigo de tamaños desafueros: la hora de la expiacion sonó cercana; y los mismos recursos empleados para el rápido encumbramiento del vencedor de Luchana sirvieron para precipitar su caida, que no bastaron á impedir alocuciones ni manifiestos. Encerrado muchos dias en la ciudad de Albacete vió desplomarse sobre su cabeza la España toda, y ni ánimo tuvo para correr los riesgos de un combate, ni abnegacion para firmar la renuncia de un cargo obtenido en fuerza de estudiadas combinaciones y de contínuos alardes de fuerza. Vino asi el periodo de la regencia única á hacer oportuna la aplicacion de dos verdades; primera que el viento del orgullo y el perfume de la lisonja ciegan y ensordecen á todo el que mora en regiones donde no le encumbra su estirpe, ni le sustentan las altas cualidades de su entendimiento; segunda que cuando las revoluciones han recorrido ya todo su curso y engendran una reputacion preponderante, al ímpetu de ellas sucumbe inevitablemente si, en vez de presentarlas robusto dique las abre anchuroso cauce.

Nadie ignora como el pensamiento dominante en la coalicion de la prensa pasó íntegro á las urnas electorales y de allí á la representacion nacional, donde el ministerio Lopez lo redujo á una sencilla y sublime fórmula enarbolando la bandera de *reconciliacion entre todos los españoles*: rasgóla iracundo el hombre de fortuna; y un político eminente, viendo próxima la usurpacion solo descubierta hasta entonces en lontananza, clamó al Omnipotente por la *salvacion del pais y de la reina*; à cuyo entusiasta grito se alzó la nacion como un solo hombre sin que en el trascurso de dos meses hubiera una hora propicia para la persona que desde el pináculo de su prosperidad tenia fijos sus ojos en la ràpida pendiente del abismo que habia de recibirle en su seno: Vanhalen se acercó à la morisca Granada, vió enarbolada en su célebre fortaleza la gloriosa insignia de los reyes Católicos, y retrocedió de espanto: Zurbano refrenó su osadia en la embocadura del terrible desfiladero del Bruch, cuyas enhiestas cimas imponen por si solas, y mucho mas si están coronadas de decididos somatenes: Seoane fué arrollado en los campos de Torrejon, demostrando que si *tenia orden* y *voluntad* de hacer su entrada en Madrid, á Narvaez le asistia *fuerza* para impedirselo: el primer personage de aquella situacion no se atrevió á descender el puerto de Almansa ni á oir el tremendo *caracol* de la derecha del Jucar, y cruzando montes y asperezas se metió por Despeñaperros para trasmitir su renombre de *invicto* al imperial pueblo de Sevilla, y guarecerse con pocos de los suyos á bordo del Malabar y á la sombra del pabellon de san Jorge.

Se habian alzado todos los pueblos por el programa del ministerio Lopez. En Reus, para inaugurar la glo-

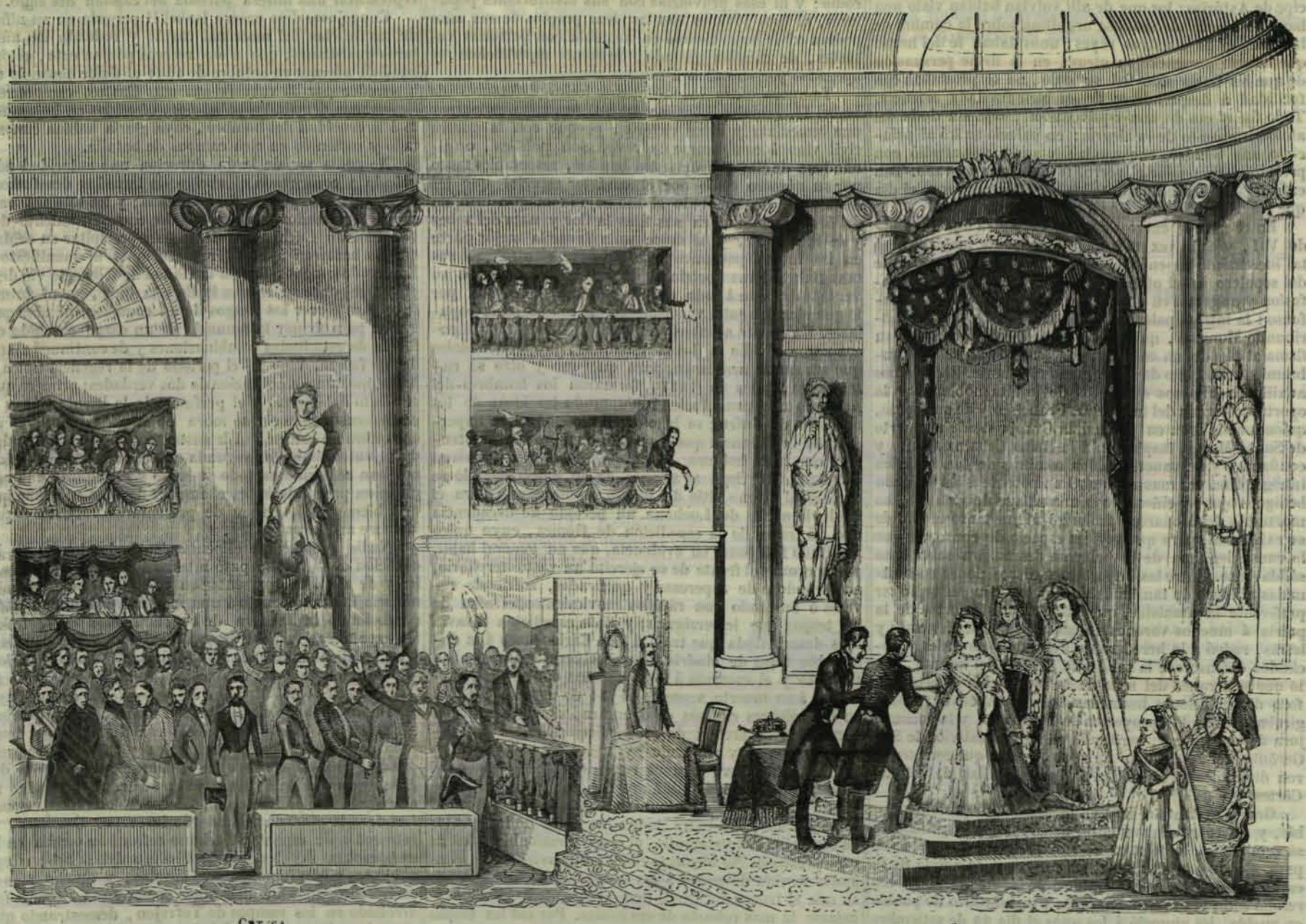
riosa época de reconciliacion y olvido, se aclamó por el valiente Prim la *mayoria de la reina*; grito que tuvo eco en toda España y cuya realizacion aparecia como término feliz de situacion tan azarosa, aun despues de instalado el gobierno provisional en la corte el dia 23 de julio.

Nuevos peligros amagaban al pais, tan trabajado ya por los azares de la minoría de Isabel, y por la existencia de poderes inseguros por lo fugitivos, débiles por los transitorios: á los furiosos embates de la revolucion habia sucumbido el gobierno de una señora de estirpe regia, y el de un hombre salido de las últimas filas del pueblo. Por dicha el gobierno provisional tenia que andar corto camino para llegar al punto deseado a traves de una revolucion ya decrépita y caduca: no obstante se le opusieron al paso formidables escollos de que no hubiera triunfado sin hallarse revestido con la fuerza que dá el voto nacional, y animado de ardorosa fé en el porvenir, y de inmensa dosis de energía, para conseguir que prevaleciera la esplícita voluntad de los pueblos. A los mal avenidos, con todo se agregaron los que acababan de ser vencidos, y levantaron la incomprensible bandera de *junta central* con el auxilio de la hueste republicana escasísima en fuerzas: prendió desde luego el combustible en Barcelona, Gerona, Figueras, Hostalrich y Zaragoza; en Leon mas tarde y por último en Vigo. En otras muchas ciudades se cortó el incendio apenas asomó la primera llamarada: hubo momentos de zozobra porque el arte de conspirar ha hecho por desgracia entre nosotros maravillosos progresos: la crísis fué horrorosa. De ello redundó mas gloria al gobierno provisional quien alcanzó dar cima á la situacion con la apertura de las cortes el 15 de octubre. Muy luego sometió al examen de los cuerpos colegisladores la cuestion de la mayoría de la reina: poco tardaron las comisiones del congreso y del senado en emitir su dictamen en conformidad con la propuesta del gobierno. El dia 6 de noviembre dieron principio los debates entre los diputados. Reducidos al terreno legal los señores Croock y marqués de Tabuérniga pronunciaron los dos discursos mas notables que se oyeron en contra de la mayoría. Aquella misma noche se cometió un horrible atentado contra la persona del capitan general de Castilla la Nueva, que habia sido el atlante del sosiego públ'ico en la capital de España por espacio de tres largos meses. La indignacion que este acontecimiento produjo fué como una ráfaga de viento que aceleró el arribo de la nave del Estado á puerto seguro, pues en ambos cuerpos colegisladores tuvieron fin los debates al dia siguiente, no sin que antes se oyera en el Senado la voz de ilustres oradores, ni sin que acompañáran en el Congreso numerosos aplausos á los discursos de los Sres. Lopez, Gonzalez Bravo y Martinez de la Rosa. Fuertes con los deseos de la nacion entera y con los ejemplos de nuestra historia, demostraron estos esclarecidos adalides del Parlamento la necesidad, la conveniencia y la justicia de que se declarára mayor de edad á Isabel, once meses antes de lo que el artículo constitucional dispone.

Reunidos diputados y senadores en el salon de Oriente el dia 8 de noviembre á las dos de la tarde, colmaron las esperanzas de los españoles, sin que se apartáran de aquella votacion solemne mas que 16 diputados contra 117 de sus compañeros y 76 senadores presentes. Luego que el Sr. Onís pronunció la fórmula de que *las Córtes habian declarado mayor de edad á S. M. la Reina Doña Isabel II*, resonaron bajo aquellas bóvedas estrepitosos aplausos y entusiastas vivas á la Constitucion y á la Reina. Confundidos diputados, senadores y concurrentes, frenéticos de gozo, daban espansion á los nobles sentimientos de sus almas.

Separáronse los miembros del Senado y del Congreso, acordando despues cada uno de ellos ir á felicitar en cuerpo á la Reina de España, como lo hicieron á la una de la tarde del 9 de noviembre, dirigiéndose á pié desde el respectivo local de sus sesiones al alcázar régio, ofreciendo á la vista de los numerosos espectadores, en conjunto admirable, la flor y nata de la riqueza, de la política, de la magistratura, de la aristocrácia y de la milicia.

Para la solemne ceremonia del juramento que habia de prestar nuestra adorada Reina, se señaló el 10 de noviembre. Tendidas las tropas de la guarnicion de Madrid en la carrera que debia llevar S. M., se agolpó allí inmenso gentío, no obstante lo desabrido de la estacion y lo lluvioso del dia. A las dos en punto salió la Reina del palacio, llegando al alto cuerpo colegislador entre los vivas y las bendiciones de la muchedumbre. Recibida allí por diputaciones del Congreso y del Senado, entró en el salon con magestuoso continente, se sentó en el Trono con una dignidad propia de la nieta de cien reyes: su augusta hermana, cándida como la azucena de los vergeles, ocupó el sillon que la estaba destinado en las gradas del Trono. Un momento despues, en pié la excelsa Reina y con la mano sobre el santo libro de los Evangelios, articularon sus angelicales lábios con voz sonora el juramento solemne.



CRUZADA. GASPAR.

Carece nuestra pluma de brio y lozanía para describir fielmente el entusiasmo que reinó en aquel augusto recinto al sonar un feliz momento que hará época en los anales de España. S. M. salió del Senado aclamada por todos: el sol, cubierto hasta entonces de espesas nubes, rasgó con uno de sus mas vivos rayos la cargada atmósfera, para iluminar la espléndida corona de la inocente niña, en que está vinculada la felicidad de los españoles.

A semejanza del que despues de atravesar una inmensa cadena de montañas clavase sus ojos solo en las mas altas cumbres sin tenderlos por valles ni colinas, nos hemos fijado en los puntos mas culminantes de la minoría de Isabel II, ceñidos de riesgos y atravesados entre angustias, hasta llegar á la declaracion de la mayor edad, nuncio de prosperidad y de ventura.

Inaugurada esta gloriosa era, no será de hoy mas la Constitucion de 1837 lo que una boya sobre el agua á merced de tempestades, si se labra un grandioso edificio sobre tan robusto cimiento. Escritos en el código fundamental con indelebles signos los epígrafes de los capítulos, que deben componer la obra social y política de España, preciso es formularlos con todo ahinco. No es ya entre nosotros la revolucion susceptible de bien alguno: conviene pues cegarla el curso, sin que en su desagüe retroceda á los puntos ya recorridos. Si aun continuára en su ímpetu, víctima fuera el trono de su furia; organizaria un estado anárquico; y no debe olvidarse que el despotismo es hijo legítimo de la anarquía.

A. F. DEL RIO.

Revista de la Quincena.

Ningun suceso de importancia histórica ha ocurrido en estos quince dias, pues no podemos dar semejante calificacion á los políticos de mayor ó menor cuantía que por otra parte no son de nuestra competencia. Tarea es esta que con gusto abandonamos á nuestros colegas diarios, pues la que sobre nosotros hemos tomado tiene algo mas de pacífica, y tendria sin duda mucho mas de estable si á tanto alcanzasen nuestras fuerzas. Porque somos de opinion que algo mas engrandecen á las naciones sus glorias literarias que no sus agitaciones y pasiones políticas, pues como dice el Cisne del cristianismo, nadie oye cantar la alondra en los campos de Verona sin acordarse de Shakespeare, al paso que la generacion presente ha olvidado ya los nombres de los que alli fallaban el destino de las naciones (1).

Fuerza es confesar que por muchos que sean los males que nuestros trastornos y luchas intestinas nos han ocasionado, los espíritus han recibido un movimiento saludable, y los gérmenes comprimidos del talento una noble fecundacion. No hace muchos años que se pasaban temporadas larguísimas sin que los teatros diesen muestra alguna de vida, y ahora vemos renovarse las creaciones dramáticas con pasmosa frecuencia.

Desde los tiempos en que el Sr. Breton mantenia casi solo y á despecho de la censura el peso de la escena española, los nombres de Zorrilla, Hartzenbusch, Gil y Zárate y Rubí han venido á ilustrar nuestros anales dramáticos. El genio ha sabido remontarse á su propia esfera y vivir con su propia vida, sin tener que mendigar el patrocinio de un magnate, y cuando ha recibido fomento y proteccion, el poder lejos de abatirle se ha convertido en noble órgano de la estimacion pública. Cualesquiera que sean las excepciones y por mucho que haya de oropel y engañosa riqueza entre las joyas literarias que continuamente se ofrecen á nuestra vista, de ningun modo pueden alterar la esencia del hecho que anunciamos, ni menoscabar el justo envanecimiento que del debe resultarnos.

Todas estas consideraciones nos ha sugerido el ver que en el corto plazo de medio mes tengamos que dar cuenta de dos óbras originales que no merecen pasarse en olvido ciertamente. Es la primera el *Gran Capitan* del señor Gil y Zárate, á quien entre otras glorias cabe la de ir presentando en las tablas, siempre con la verdad de la historia, rara vez sin las galas y arreos de la poesía, las figuras mas notables de los anales de nuestro pais. Despues de *Guzman el Bueno*, *Don Alvaro de Luna* y *Carlos Segundo*, estudios todos de prolija severidad y exactitud, ha salido de su pluma un héroe con razon el mas popular de su siglo, no ya como capitan hábil y experimentado, no ya como profundo político y estadista, sino como hombre y como caballero. No es muy fácil, sin embargo, reducir á los límites del teatro una figura á quien el trascurso de los tiempos y la imaginacion de generaciones posteriores ha despojado en cierto modo de sus contornos humanos para vestirle el manto de los semidioses de la epopeya. La época en que brilló Gonzalo de Córdoba, sus campañas, los hechos particulares de que fueron teatro, la bizarría y pundonor que animaba á los guerreros, tienen rasgos épicos muy marcados y un cierto sabor de antigüedad. Cuando Cañizares escribió su comedia de *Las Cuentas del Gran Capitan*, estaban bastante frescas todavía en la memoria las tradiciones de aquel hombre extraordinario, y por lo mismo sin chocar en gran manera con las ideas recibidas, pudo trazar aquella viva y animada figura que tanto nos agrada y entretiene. En el dia el Gran Capitan ya no es el mismo, porque su horizonte se han ensanchado y crecido su figura con la ilusion de los años. El análisis mismo de la historia no le ha robado un solo quilate de su grandeza.

Por eso deciamos que el teatro le venia estrecho y de esto provienen en nuestro entender los lunares de la obra. Como Gonzalo ocupa casi todo el lienzo, la composicion del cuadro ha tenido que reducirse y simplificarse demasiadamente, y de aquí proviene que la fábula tejida por los amores de Elvira y Nemours, peque de sencilla y poco enredada, al paso que la necesidad de extenderla para que ocupase el espacio de cinco actos, ha venido á ser causa de que á veces se debilite y afloje. El interés por consiguiente no es tan vivo como pudiera ser; defecto de alguna monta en un drama, cuya primera condicion es la de cautivar la atencion y tenerla pendiente.

En cuanto á los caractéres y al manejo del asunto el señor Gil ha tenido que luchar con recuerdos aventajados y parangones dificiles que ciertamente no ha igualado en cuanto á la energía de la creacion ni al relieve de las figuras. Esto resalta muy particularmente en la escena de las cuentas, débil trasunto de la de Cañizares

En cambio el asunto todo ha ganado en dignidad entre sus manos, y la entonacion general del cuadro se aviene mejor con la imágen que de aquel hombre y aquellos tiempos nos formamos en la imaginacion. Si se echa menos falta de brio y atrevimiento en las figuras, en cambio ninguna escasea de verdad y de esmerado dibujo. La de Elvira en especial está tocada con gracia y candor poco comunes. Los detalles todos son muy acabados y perfectos, y apenas hay dicho notable de Gonzalo ó de los suyos que no esté bien traido delante del expectador. La escena de la reparticion del reino de Nápoles está asimismo manejada con notable habilidad, y todo el acto cuarto, que pasa en el campamento de Gonzalo, manifiesta gran maestría desde el principio hasta el fin. La elevacion moral, la bizarría y espíritu caballeresco de la época han encontrado en el señor Gil un intérprete elocuente y fiel. La versificacion es como suele ser la suya, fácil, armoniosa y correcta; la diccion pura; el diálogo cortés y lleno de urbanidad.

En suma, aunque no recomendasen á este drama tantas dotes, siempre deberia grangearle elogios la atencion y severidad de estudios que supone, y que en el señor Gil viene á ser un verdadero culto al arte, un homenaje de rendimiento sincero al saber y á la verdad, y un testimonio irrefragable de honradez literaria.

Bien quisiéramos poder decir otro tanto de la representacion, pero de esta vez habremos de interrumpir la para nosotros muy agradable costumbre de elogiar á los actores del *Príncipe*. La amistad misma que con alguno de ellos nos une, nos obliga á usar de franqueza y sinceridad. El modo que tuvo el señor Romea de comprender al Gran Capitan, hubiera cuadrado mejor al de Cañizares que no al presente, y el hermoso arranque del cuarto acto no compensa la sobrada naturalidad con que se presentó en los demas. Los demas actores en general tambien estuvieron inferiores á sus papeles, defecto que sobresalia mucho mas al lado de la envidiable sensibilidad é inteligencia con que supo realzar la señora Diez la delicada y noble persona de *Elvira*. Dificil es en verdad imaginar mas gracia, mas ternura, mas efusion y mas finura de modales que los que esta excelente actriz ha desplegado. Los aplausos que mereció fueron justísimos, y nosotros nos complacemos en ser órganos del voto público en esta ocasion.

Reverso de la medalla ha sido en todo y por todo *el Novio de Buitrago* representado tambien en este coliseo, *vaudeville* acomodado mas bien á las localidades españolas, que no á las costumbres ni caractéres de por acá; obra de hilvan y de talco desde el principio hasta el fin; pero graciosa y entretenida á mas no poder, á pesar de las extravagancias y caricatura que en toda ella resaltan, y sobre todo, ejecutada con una maestría é igualdad sorprendentes. Algunas cosas hay de grueso calibre, á propósito de la muger del escribano; pero en el torbellino de la representacion pasan por alto, y aquel diabólico Don Rafael, que Don Julian Romea representó tan á lo vivo, dando con ello una palpable muestra de la variedad y extension de su talento, desarmaria al crítico mas zóilo del universo.

En la Cruz hemos visto la comedia *Honra y Provecho*, del Sr. Rubí, que ciertamente no acarreará al autor tanto de lo primero ni á los actores la mitad de lo segundo que la *Rueda de la Fortuna*. El *aliquando bonus* del gran Homero podia aplicarse muy bien á este jóven poeta en la presente ocasion, pues ni los caractéres, ni el manejo de la accion, ni la verosimilitud de las situaciones pasan de medianos los unos y de dudosa la otra. La facilidad de la versificacion y tal cual rasgo oportuno sembrado acá y acullá por la pieza adelante es lo único que en conciencia pudiéramos atribuirle, si solo por conjeturas hubiésemos de discurrir.

En la ejecucion se distinguió el Sr. Caltañazor, á cuyo beneficio se estrenó la funcion, en su atortolado y sándio papel. El Sr. Lombía y la Sra. Perez merecen tambien alguna alabanza. Los demas no acertaron á congraciar al público.

De las *Travesuras de Juana*, de los Sres. Doncel y Valladares, última novedad de este teatro, no damos cuenta en este lugar por haberse suspendido su representacion hasta el dia que S. M. concurra á este coliseo en las próximas funciones reales. Aunque la excelente acogida que esta comedia ha encontrado en el público la primera y única noche que se ha echado prevenga en cierto modo nuestro juicio, no por eso dejaremos de emitirle imparcial en la revista próxima. Nada importa que llegue un poco tarde, si con él podemos en conciencia premiar la aplicacion de estos dos jóvenes autores, y convertirnos en eco del público aplauso.

En el Circo ha estado bastante ociosa la compañía lírica, pues en todo el mes que va corrido desde nuestra segunda revista ninguna partitura nueva ni siquiera nuevamente puesta en escena nos ha ofrecido, á pesar de que hace mucho tiempo que se está hablando de la *Linda* de Donizzeti.—La compañía de baile nos ha regalado con el de La Niña mal guardada, bien bailado por la señora Duval y mejor silbado del público. Hemos oido decir que esta joya es de los tiempos de los Caños del Peral: tan allá no alcanzan nuestros recuerdos, pero mas de diez años ha que lo vimos en una capital de provincia de segundo órden. He aquí el secreto de la pública desaprobacion, porque al lado de Gisela no es posible tolerar una composicion tan fria y escasa de imaginacion por bien ejecutada que esté. Hemos visto con gusto que no se ha repetido la funcion, en lo cual la empresa ha dado una muestra honrosa de deferencia al voto del público.—En cambio las representaciones de Gisela, á pesar de lo repetidas que van, no han dejado de estar concurridísimas ni de gustar su protagonista cada dia mas.

Muy recientemente se ha estrenado en una funcion extraordinaria la composicion titulada la Aurora, en que la Sra. Guy Stthephan ha recogido nuevos laureles en su papel, bastante distinto de las Willis. Este baile no tiene ningun género de interés dramático; pero el público estuvo muy entretenido y satisfecho, como lo estará siempre que esta jóven bailarina tome parte. La nueva prueba que acaba de hacer de sus facultades realza la opinion que ya merecia, y los aplausos del público lo manifestaron á las claras. Los demas actores estuvieron tambien muy felices. Asi aquel aparato fatal de lámparas y belones que apareció al final de la funcion no hubiese venido á destruir la ilusion de todo punto recordándonos que todo era artificio de telon adentro! No fué pequeño quebranto, pues sabido es que la última impresion en el teatro debe de ser la mas favorable.

Por fin la hermosa estátua ecuestre de Felipe IV que estaba en lo reservado del Buen Retiro adorna ya el paseo nuevo de la Plaza de Oriente. De desear es que la obra entera se acabe pronto porque entonces tendrá Madrid un lindísimo *sguare* que cercano á palacio y al teatro mejor no podrá menos de venir á ser con el tiempo el barrio de la gente mas lucida si las casas se prestan á ello. Lástima es que las estátuas que antes coronaban á palacio no tengan mejores pedestales y punto de vista mejor acomodado á sus dimensiones

ENRIQUE GIL.

(1) Chateaubriand.—Congreso de Verona.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Lecciones de derecho político constitucional.

Tres años seguidos ha explicado en el Ateneo esta asignatura el eminente orador don Antonio Alcalá Galiano, sin que hayan podido aprovecharse de su enseñanza sino los que en Madrid residen y tienen la fortuna de lograr puesto en el local del Ateneo, por demás estrecho para la multitud de admiradores de profesor tan aventajado. A fin de que se difunda la elocuente palabra del príncipe de los oradores, van á publicarse sus lecciones que formarán un curso completo de la ciencia del derecho político de las naciones: saldrán á luz sin interrupcion alguna, y se admiten suscriciones en casa de su editor don Ignacio Boix, y en las principales librerías del reino. Están en prensa las tres primeras lecciones; cada leccion formará una entrega de dos pliegos de impresion esmerada.

Lecciones de administracion.

Esta obra, que continúa saliendo á luz por entregas, y de la cual ván publicados dos tomos, estando muy adelantado el tercero, la forman las explicaciones de don José de Posada de Herrera, catedrático de esta ciencia en la escuela especial de Madrid. Los principios luminosos que en ella se encierran; el sinnúmero de materias que abrazan; y las disposiciones y leyes administrativas que contienen, las han hecho acreedoras á una favorable acogida de parte del público, segun lo demuestran las listas de suscritores insertas al final de cada tomo, en las cuales figuran las autoridades principales de las provincias, y muchos de los empleados en los ramos de Hacienda y Gobernacion, á quienes mas directamente toca el estudio de esta ciencia, casi del todo olvidada en nuestro pais hasta estos últimos tiempos.

Sigue abierta la suscricion en Madrid á cuatro reales cada entrega de 48 páginas, en el Gabinete librería de Monier, Carrera de San Gerónimo, y en la librería de Cuesta, calle Mayor.

En las provincias cinco reales cada entrega franca de porte, en las principales librerías.

Lecciones de Elocuencia forense y parlamentaria.

Ocho entregas van publicadas de esta obra tan interesante como amena. El numeroso y escogido concurso que acudió al Ateneo el año anterior á oirlas de boca del ilustrado don Fernando Corradi, es el mejor garante de esta publicacion. En ella se ostenta una erudicion poco comun, y se traen á cuento un sinnúmero de dichos breves y sentenciosos: la facilidad en el estilo va perfectamente hermanada con la elegancia, sacando á plaza los usos, las costumbres, las creencias y la legislacion que tanto dominio tienen sobre las acciones humanas, en cada una de las tres clases de elocuencia greco-romana, elocuencia-apostólica, y elocuencia moderna en que el señor Corradi divide su obra.

Se suscribe en las librerías de Monier y Cuesta, y en las provincias en las principales librerías.

Diccionario de Agricultura de Rozier publicado por don Juan Alvarez Guerra.

Que la agricultura ha dejado de ser una cadena de métodos empíricos nacidos de ridículas preocupaciones, es una verdad incontrovertible; pero que esas rutinas agrícolas tienen un influjo demasiado funesto entre nuestros labradores, es por desgracia otra verdad que sentimos no conozcan en toda su fuerza las personas que se dedican á la labranza. Al espíritu versátil del siglo actual tenemos que culpar repetidas veces por diferentes cosas de esa misma especie. Entregadas todas las clases de la sociedad á la lectura de obras frívolas siempre y perjudiciales las mas veces, se advierte sin embargo, una aficion lenta, pero progresiva, hácia las obras grandes, hijas del estudio, é indispensables ya si la juventud ha de llegar á la altura de civilizacion que de todas partes se propala y que no tiene aun cimientos muy estables.

Por esta razon nos merece tanto respeto la obra que anunciamos, y de la cual van publicados cuatro tomos y pronto verá la luz el quinto. Excusado nos parece recomendarla á los labradores; pues todas las clases agrícolas se han penetrado de su importancia; apresurándose á leer dicho diccionario, que hará gran honor al señor Alvarez Guerra.

Rienzi, ó el último tribuno.

Con grande aceptacion ha sido recibida en el mundo literario esta obra del célebre novelista Bulwer: en ella con multitud de datos históricos y con amenos episodios, hijos de su fecundo ingenio, pinta admirablemente la época en que las familias mas ilustres de Roma, los Colonnas y los Orsinis, empleaban su ominoso poder en perjuicio del pueblo: en que, en mengua de su fama, era la propiedad objeto de su codicia, la seguridad de los ciudadanos presa de sus desafueros, y la castídad blanco de sus desacatos; en que estos magnates, aun no creyéndose bastante fuertes con su numerosa clientela para perpetuar su tiranía, tenian á sueldo hordas de bandoleros que desolaban las campiñas de la ciudad eterna, interceptando á los fieles los caminos que conducian á la primera basílica de la cristiandad, y condenando al Sumo Pontífice á un forzoso destierro en la ciudad de Aviñon, por no servir de instrumento á los caprichos de aquella aristocrácia sin freno. Sobre este cúmulo de horrores, entre esta plaga de calamidades, descuella la bizarra figura del tribuno, arrastrando á la muchedumbre en pos de su elocuente palabra hasta sacudir aquel afrentoso yugo, y restituir animacion y vida á la cadavérica ciudad de los Césares. Con tan excelente base ha formado Bulwer una magnífica epopeya. Esta obra, traducida con esmero y adornada con muchos grabados en madera, se publica por entregas: ya han salido cinco, hallándose en prensa la sesta: con cada entrega se reparte una lámina tirada aparte, representando uno de los pasajes mas importantes del texto. Se admiten suscriciones en la librería de D. Ignacio Boix, calle de Carretas.

Guerra de la Independencia.

Catorce entregas van publicadas de la obra que bajo este epígrafe ha escrito D. Juan Diaz de Baeza: en ella se encuentran consignados con toda la imparcialidad del historiador, los grandes hechos, las inmarcesibles glorias en que la Nacion española se hizo acreedora en la memorable guerra contra el Capitan del siglo, el usurpador Bonaparte.

La elegante impresion, el sinnúmero de láminas que adornan á esta publicacion, la hacen altamente digna del objeto á que se consagra, y prometen una merecida aceptacion de parte del público ilustrado.

Se suscribe en la librería de Boix.

ANUNCIOS.

Los anuncios del LABERINTO, se insertan á real por linea; pero sin salir nunca del siguiente carácter de letra.

EL PEREGRINO, escrito en francés por el vizconde d' Arlincourt, y traducido por D. J. Tió. Un tomo de 416 páginas (lámina.) 14 rs.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV (contiene hasta la batalla de Monjuich) escrita por D. Francisco Manuel de Melo, y terminada por D. J. Tió. Un tomo de 400 páginas (lámina) 14 rs.

ESPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS, por don Francisco de Moncada, conde de Osuna; con un prólogo y notas por D. J. Tió, y con un canto épico por D. C. F. Campo-Redondo. Un tomo de 260 páginas (láminas.) 12 rs.

GUERRA DE GRANADA HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, sus rebeldes; historia escrita por D. D. H. de Mendoza, seguida de la vida del lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades, por el mismo autor. Un tomo de 270 páginas (láminas.) 12 rs.

SATANIEL. Novela histórica escrita en francés por Federico Soulié, y traducida por J. Tió. Un tomo de 300 láminas (láminas.) 14 rs.

OBRAS EN PROSA DE SILVIO PELLICO.=Mis prisiones, memorias del autor traducidas del original italiano por J. Llausás. Las precede una noticia biográfico critica del autor, por A. de Latour; y las completau notas y aclaraciones históricas de Pedro Maroncelli.—Deberes del hombre. (Discurso dirigido á un jóven italiano.) Traducidos por M. Milà. Un tomo de 325 páginas. (lámina.) 14 rs.

LA ESTRELLA POLAR, SEGUNDO VIAGE DEL PEREGRINO, por el vizconde d' Arlincourt. Un tomo de 420 páginas (láminas.) 14 rs.

LELIA.—Espiridion, por Jorge Sand, traducidas la primera por Jorge Tió y la segunda por D. J. de Luna. Dos tomos de 300 páginas. (Láminas.) cada uno 14 rs.

Esta interesante coleccion adornada con primorosas láminas grabadas sobre acero se publica por tomos de igual tamaño, los cuales por su letra compacta contienen la materia de dos volúmenes regulares, sin cansar por esto la vista del que los lee.

Se hallan todas estas obras en la librería de Boix, calle de Carretas. núm. 8.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS

DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.